



SECRETARIA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL
UNIDAD 095 D. F. AZCAPOTZALCO

**RECORRIENDO LOS CAMINOS DE LA ORALIDAD: LA
HISTORIA DE UNA DOCENTE**

TESINA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADA EN EDUCACIÓN
PREESCOLAR

PRESENTA

LAURA ARZATE LOYOLA

DIRECTOR

DRA. ANGELICA JIMÉNEZ ROBLES

CDMX, 2022.

INDICE

Sigo siendo yo...	1
Capítulo 1. Historia de aquel amor...	3
1.1 El final de un nuevo comienzo...	8
1.2 Descubriendo el mundo...	10
1.3 Escalando la montaña...	17
Capítulo 2. Emociones a flor de piel...	24
2.1 Corriendo de prisa	29
2.2 Bienvenida a la vida laboral	37
2.3 Cumpliendo sueños	41
2.4 ¿Y para qué sirven las alas?.....	42
Capítulo 3. Borrón y cuenta nueva	46
3.1 Retos inesperados	49
3.2 Retomando el camino a la felicidad.....	54
3.3 Aprendiendo cada instante.....	57
4. Conclusiones: un granito de arena	68

Sigo siendo yo

El siguiente escrito está basado en el enfoque biográfico narrativo, al ser escrito desde la primera persona me permite tener una mirada introspectiva de mi práctica y de mi historia como estudiante en el tema de la lengua oral y escrita. Aquí expreso mis relatos autobiográficos; recuerdos significativos relacionados con el cómo aprendí a leer y a escribir y me hacen reflexionar en cómo fue mi formación escolar. Como lo mencionan Leite, Rivas y Cortés (2009), la perspectiva narrativa nos permite acercarnos al mundo y a la vida de la gente, desde el relato y el significado que los implicados e implicadas le otorgan.

Al elegir realizar un trabajo autobiográfico, voy dando cuenta, a un relato que respeta una línea temporal de mi experiencia personal y docente. En sus trabajos Bolívar, Segovia, Fernández (2001) afirman, que la escritura autobiográfica tiene identidad propia, ya que además de ser una metodología de recolección y análisis de datos, la investigación se ha legitimado como una forma de construir conocimiento en la investigación educativa y social.

El poder compartir mis vivencias desde el recuerdo más lejano, como lo expreso en el capítulo 1, ha sido de alguna manera, una terapia que me ha hecho reflexionar sobre los retos que he enfrentado y cómo los he superado. Recordar mi niñez con tantas carencias emocionales, me hace querer ser mejor cada día. Haber tenido a mujeres tan valiosas como ejemplo, me han hecho valiente; aprendí que puedo lograr las metas que me propongo.

Al pasar los años me daba cuenta que la vida no es nada fácil, convivir con las personas, demostrar lo que puedo hacer y que valoren mi esfuerzo, ha sido una tarea constante. En el capítulo 2, descubro nuevos horizontes, personas que marcaron mi vida en mi infancia y adolescencia, así como al ser una madre joven.

Con el tiempo, fui acercándome a la docencia, en el capítulo 3, expreso la gran satisfacción que me da trabajar en un jardín de niños, ya que puedo sanar heridas de mi infancia ayudando a los niños que, como yo en algún momento, se sienten solos, enojados, tristes. Esto mediante el trabajo continuo, y con herramientas que me puedan apoyar, como es sería el libro-álbum.

Los docentes vivimos experiencias a diario con los alumnos, narrar sus procesos aprendizaje y sobre lo cotidiano, enriquece nuestra tarea. Una herramienta que utilizamos es el diario de la educadora, en el cual plasmamos el avance que van teniendo los estudiantes, así como lo que hay que se puede mejorar.

Ahora comprendo que es de suma importancia reflexionar sobre las experiencias que he vivido durante toda mi vida. Pensar en las prácticas pedagógicas que realizaban mis maestras, la manera en que me trataban y la convivencia diaria, influyeron en gran medida la decisión de tomar el camino de la docencia y desear implementar una práctica más significativa.

CAPÍTULO 1: Historia de aquél amor

La historia de mi vida comienza cuando se conocieron mis padres, fue por el rumbo de observatorio. Era un día nublado, cuando una tarde mi mamá vio llegar a los nuevos vecinos, los Arzate. Era una familia humilde conformada por cinco hermanos y su mamá. Su hogar era un pequeño cuarto con baño, vivían con muchas carencias, porque su mamá no trabajaba y solo tenían el sustento de mi abuelo que no vivía con ellos, ya que tenía otra familia en Toluca. El no contar con una situación económica favorable, hacía que ella saliera a buscar algo que hacer para traer dinero a la casa, sus hijos se quedaban al cuidado de su abuela y su mamá llegaba casi al anochecer con algo de comida. El caso de mi padre, como menciona Oates (2007) es uno de tantos donde el apego era escaso y la atención era poca, debido a la manera en que vivía. (p. 17).

La comunicación con su mamá era escasa, vivieron mucha violencia, golpes, gritos; se refugiaban con su abuela, mujer grande de edad, con una trenza larga y canosa con la autoridad suficiente para regañar a su hija por sus actitudes agresivas. Recuerdo a la abuela lejanamente, fue amable conmigo alguna que otra vez que la llegué a ver.

Todas las tardes los niños de la colonia salían a jugar en la calle, entre ellos mi mamá. Casi no transitaban carros por ahí y podían correr con libertad, las familias se conocían de tiempo atrás y había confianza entre todos. Mi papá era un niño tímido de 12 años, mal peinado y con ropa desgastada, los demás niños le hacían burla por su pobreza y travesuras por su manera de ser tan inocente. Tenía que trabajar por las mañanas vendiendo leche para ayudar a los gastos de la casa. Él no contestaba a las ofensas que le hacían los niños, se quedaba callado y mi mamá lo ayudaba cuando se daba cuenta de las injusticias y los malos tratos, no tenía la suficiente confianza en sí mismo para poder

defenderse, o por lo menos decir lo que no le parecía, Tener que trabajar, y asistir poco a la escuela nocturna, no favorecía sus aprendizajes cognitivos y emocionales.

A los 15 años mi papá le pidió a mi mamá que fuera su novia y entonces comenzó el romance. A Enriqueta, mi madre, le encantaba bailar y él no sabía hacerlo, así que cuando salían a alguna fiesta, se quedaba sentado observándola y ella disfrutaba bailando con los amigos y sus hermanos, que siempre salían con ella y la cuidaban. Él comenzó a beber desde muy joven, algunas veces discutían por ese motivo. Dejó definitivamente la escuela nocturna, ya que conoció a un señor que tenía un taller mecánico y se iba con él. Con el tiempo aprendió el oficio y comenzó a trabajar ahí de ayudante.

Siguieron con su noviazgo hasta los 18 años que le pidió que se casaran, ella aceptó con mucha alegría. Con un vestido blanco, un peinado espectacular y muy ilusionada se casaron. Mis abuelos maternos nunca estuvieron de acuerdo con esa relación, ya que ella era la niña consentida, estaba estudiando y tenía mejores partidos para escoger; eso consideraban ellos. Al cumplir un año de casados nació mi hermana Miriam. Comenzaron los problemas ya que él bebía más de la cuenta, no llegaba a casa, era agresivo y agredía a mi mamá verbalmente, además que le fue infiel en varias ocasiones. En nuestro país la violencia intrafamiliar es un problema social, se manifiesta de diferentes maneras, como: “física, psicológica, económica y sexual, pues se sabe que en México 7 de cada 10 mujeres es violentada al interior de su hogar siendo la pareja el principal agresor” (Huerta, 2008, p. 6). Mi mamá tenía la esperanza de que él cambiaría, tolerando los malos tratos y humillaciones, no se imaginaba que era el principio de una larga lista de agresiones.

Mi mamá había estudiado la carrera de enfermería y trabajaba en el Hospital ABC de observatorio, era muy independiente y eso le causaba muchos celos a mi papá. A pesar de sus constantes peleas, pasaron dos años y decidieron tener otro bebé. Nació mi hermana Claudia. Con Miriam y Claudia hicieron el esfuerzo de reorganizarse como pareja, mis hermanas fueron al kínder cerca de la colonia Observatorio, mi mamá seguía trabajando y mi papá puso su propio taller mecánico en el pequeño cuarto. Comenzaban a estabilizarse y también se fueron a vivir a Cuajimalpa, en un terreno que mi abuelo materno había comprado para sus hijos.

A los tres años, mi mamá estaba embarazada de mí. Durante ese tiempo tuvo síntomas de malestar, vómitos, náuseas, le dio anemia. La relación con mi papá estaba algo estable. Nací un 27 de agosto de 1976, al regresar del hospital había caído una tormenta y habían sucedido varios accidentes en la carretera. Fui una niña querida por mis padres, él me consentía mucho, me cuidaba al llegar del trabajo, jugaba conmigo, me traía regalos y eso fue causa de problemas con mi mamá, ya que con mis hermanas no lo hacía. Por ello construí con mi padre una relación que me brindó la seguridad de sentirme querida, valorada, porque “Las relaciones de apego forman parte de la esencia misma del desarrollo del funcionamiento emocional y social del individuo” (Oates, 2007, p. 38).

Mi abue y tíos, no comprendían por qué mi mamá soportaba una vida de malos tratos y engaños, pero nada pudieron hacer. La convivencia entre mi papá con toda la familia era escasa, ya que salía muy temprano de casa y los fines de semana visitaba a su mamá o se iba a jugar fútbol con sus amigos, llegaba tarde y a veces tomado, eso ocasionaba problemas con mi mamá, ya que discutían en una forma violenta.

El cariño que mi mamá sentía por él, las ilusiones de tener una familia y un padre para nosotras, le hacía seguir estar unida a él, así que decidieron tener otro bebé, mi hermana

Fabi. Era una niña hermosa, con grandes ojos, su cabello era corto, y tenía un color rosado en sus mejillas, por eso le llamaban, “chapis”. Quien diría que unos años después, sería mi mejor amiga y cómplice de las más hermosas aventuras de mi niñez.

Cuando cumplí tres años decidieron separarse y él se fue de la casa. Estaba muy acostumbrada a mi papá y dejé de comer, arrastraba una cobijita que siempre traía conmigo y una mamila. Me salía al campo y me recargaba en una piedra muy grande que había cerca de la casa. Ahí me quedaba mucho tiempo llorando y observando hacia la calle, esperando a que mi padre volviera. Mi abue le decía a mi mamá que me estaba muriendo de tristeza, que mejor me llevara con mi papá y estaría mejor. Era una niña muy seria, casi no hablaba, y al comer me quedaba dormida. El dolor por el alejamiento de mi padre fue un golpe devastador, el apego que tenía a él era un vínculo poderoso y perderlo fue quizás el suceso más doloroso de mi infancia, porque en un momento, “Los sentimientos son señales internas indicadoras de nuestra vinculación con las circunstancias de la vida, ya sean acontecimientos, personas, cosas” (Sierra, 2001, p. 61). Ahora puedo entender que la falta de mi padre dejó muchas secuelas en mi vida, me sentía triste, enojada, abandonada y esa era una manera de poder expresar mis sentimientos.

Las ilusiones de mi mamá se habían terminado, la esperanza de tener una familia unida, con una casita y un taller mecánico. Ya con cuatro hijas mi mamá y mi abue se hicieron cargo completamente de nuestra educación y protección. Mi familia se configuró, teniendo como figuras de poder a mi mamá y a mi abue, ellas se convirtieron en mi seguridad y tranquilidad porque, “Los padres, los hermanos mayores o los abuelos cumplen roles importantes como figuras de apego”(Oates, 2007, p. 10). Comenzaba una nueva manera de adaptarnos a las reglas y las figuras de autoridad de la casa, mi mamá

desempeñaba ahora el rol del papá ya que salía a trabajar por muchas horas y mi abue, sería la mamá que estaría al pendiente de nuestro cuidado.

Mi papá se fue a vivir a casa de su mamá, ella lo manipulaba y lo presionaba para que estuviera al pendiente de ella o la llevara a todas partes. Era trabajador y empezó a tener muchos clientes. Llevó a vivir con él a su nueva pareja ya embarazada, era una mujer joven. Pasó el tiempo y algunas veces lo visitaba con mis hermanas, para saludarlo y pedirle que nos ayudara con los gastos, pero cual sería nuestra sorpresa que se escondía, o se iba a probar los carros, se tardaba mucho tiempo, así que decidíamos retirarnos sin dinero y con la decepción de ver como actuaba, me sentía decepcionada, triste, enojada y pensaba que cómo era posible , que un padre después de no verlo tan seguido no tuviera la intención de saber cómo estaba, cómo me sentía, no mostraba ningún interés por nosotras.

El desinterés de mi padre fue un duro golpe, e influyó en mi autoestima, porque “El estilo de apego del adulto tendrá una gran influencia en los hijos y en la relación de apego de estos” (Oates, 2007, p. 42). Veo ahora las cosas distintas, puedo entender que si en su casa no aprendió a expresar sus emociones, no tuvo la comprensión y el cuidado necesarios, no pudo aprender a cómo hacerlo con nosotras. Lamentablemente, estas acciones lastimaban mis sentimientos, me hacían dudar del amor de un padre a una hija, de un cariño que supuestamente es natural.

En ocasiones, llegaba a la casa de mi mamá acompañado de su mujer e hijos y nos llevaba a verlo jugar futbol a las canchas de la Marquesa. Recuerdo una ocasión que íbamos en camino, su hija me dijo que él era su papá y me preguntó por el mío. No supe qué decir, me quedé callada y él tampoco contestó. Fue un momento incómodo y a la vez me di cuenta que sus nuevos hijos eran su prioridad. En ese momento, no entendí

por qué ese suceso fue un golpe demoledor, ahora, a la distancia entiendo la magnitud del evento, sé que “Los padres pueden influir poderosamente en el desarrollo social y emocional de sus hijos, para bien o para mal” (Oates, 2007, p.25). Era frustrante no poder tener una conversación con él, no sé a qué iba, bueno, era pequeña y tenía que obedecer órdenes de mi mamá, pero en realidad no pudimos lograr un vínculo en el cual yo pudiera confiar en él y que él me expresara su cariño.

1.1 El final de un nuevo comienzo

Seguimos viviendo en Cuajimalpa un pueblo de la Ciudad de México, donde el clima es frío y había frondosos mantos arbolados, grandes campos para correr, las estaciones del año eran muy marcadas, la que más me gustaba era la primavera, ya que hacía mucho calor y podía andar en short y camiseta corta. Desafortunadamente de ese bosque tupido solo quedan pedazos, porque ya ha sido talado. En semana santa se ponía una feria por toda la colonia y por las tardes nos llevaba mi madre y abue a pasear y nos subían a los juegos mecánicos, caminábamos por la explanada y pasábamos a la iglesia, al salir nos compraban dulces y comida que se nos antojaba. Cuando era la fiesta del pueblo, en la iglesia de San Pedro y San Pablo, que está en el centro de Cuajimalpa, adornaban muy bonito la fachada, por dentro estaba lleno de flores y había una estudiantina que amenizaba la misa, al salir en el patio llevaban bandas sinaloenses y castillos enormes. Se llenaba de gente la explanada, en la noche empezaban a quemar los castillos y a tocar a todo lo que daba la banda musical. Mi abue traía la música por dentro, de repente se ponía a bailar con Fabi y nos divertíamos viendo los castillos que prendían, como focos de muchos colores iluminando el cielo. Los días que descansaba mi mamá, a veces nos llevaban al cine o para aprovechar el día, desde la mañana nos llevaban a Chapultepec. Mi abue nos preparaba tortas de huevo y llevaba en cubetas agua de limón, eran días especiales. Desde que salíamos de casa, íbamos sonriendo, me emocionaba salir a otros

lados, que aunque ya conocía, el lugar siempre sucedían cosas distintas, como mojarnos en las lanchas, o jugar a la pelota, subirnos a los juegos que había en el parque, formarnos para subirnos al tren, entrar al museo de Historia Natural, ver las fuentes y aventarnos agua. Ya llegando el atardecer nos regresábamos cansadas de haber corrido, todas llenas de tierra y sucias de la ropa, pero felices de haber compartido el día con mis hermanas, mi abue y mi mamá. Eran espaciados los momentos que compartimos juntas, y de mucho valor emocional. Me sentía querida, acompañada, con mi familia que tanto quiero. Salir juntas era un verdadero placer.

Mi abuelita Carmen, dedicada al hogar, tuvo ocho hijos, sólo cuatro vivieron. Era una mujer muy noble y amorosa, en las noches cuando nos íbamos a dormir, nos acurrucábamos en su pancita, nos acariciaba el pelo y nos sobaba la espalda, era amable cuando la visitaba alguien, siempre les recibía con una sonrisa y atenciones. Todos sus nietos la quisimos mucho, en sus cumpleaños nos hacía la comida que nos gustaba, disfrutaba bailar y cantar corridos. Cuando ponía la música que le gustaba, bailaba y nos animaba a que también la acompañáramos, era muy divertido, nos reíamos mucho, ya cuando se cansaba paraba la música y se sentaba en un sillón hasta quedarse dormitando.

Mi abue fue como una madre para mí, nos daba todo su cariño, ayuda y comprensión. Ahora entiendo que al igual que mi mamá, siempre quiso lo mejor para mí y mis hermanas, que fuéramos mujeres de bien y que siempre aprendiéramos cosas nuevas. Siempre buscaba la manera de salir de los apuros económicos, cuando se terminaba el gas, prendía fuego con leña y hacía la comida o se las ingeniaba para hacer algo de comer que no fuera costoso. Cuando se iba la luz, salía a ver los fusibles y los cambiaba sin temor, o el tanque de gas, lo quitaba fácilmente, tenía mucha experiencia en las cosas de la casa y hacía lo posible para que nos sintiéramos seguras. Para ella no había

imposibles, todo se podía lograr con ingenio y buena actitud. Al observarla, me preguntaba de dónde sacaba tanta vitalidad, fortaleza y sin que ella lo dijera, aprendí con su ejemplo a tomar al toro por los cuernos como ella decía.

Como mi mamá salía por las tardes y regresaba muy noche del trabajo, mi abue Carmen era la que nos cuidaba, jugaba con nosotras y ayudaba en las tareas, le encantaba escuchar música, le gustaban los corridos de Antonio Aguilar, las hermanas Núñez, Flor silvestre, cuando llegábamos de la escuela escuchábamos la música que ponía en su consola. Al igual que mi mamá el día que descansaba se ponía a ordenar la casa y ponía la música a todo volumen, artistas como Estela Núñez, Chayito Valdez, Vicente Fernández, Rocío Dúrcal, Juan Gabriel cantaba y algunas veces bailábamos juntas. Por eso en mi infancia tuve un acercamiento con la música popular, sus letras fueron como mis libros que contaban historias de amor y dolor. “La música y el movimiento son esenciales para los niños. Resulta muy enriquecedor para ellos brindarles la oportunidad de conocer diversos géneros, así como obras de diferentes autores” (SEP, 2017, p. 294). El poder interactuar con mi abue y hermana, me hacían sentir con más confianza, querida, valorada, además de pasar ratos divertidos.

1.2 Descubriendo el mundo

Recuerdo que cuando ingresé al preescolar veía a los niños llorar por sus mamás que los dejaban en la puerta del kínder, los observaba y me preguntaba por qué se ponían así, no comprendía.

Mi uniforme era blanco y llevaba zapatos de color negro, tenía mi cabello muy largo y me hacía mi mamá una trenza de cada lado. Me gustaba mucho ir a la escuela, hacer trabajos, dibujar, trazar, manualidades, me emocionaba cuando hacían actividades al aire libre en la alberca. Pero la clase de cantos y juegos, no la disfrutaba porque era muy

tímida, sin embargo, el modelo de enseñanza que viví en la educación preescolar se basaba en las actividades lúdicas. Por eso me considero afortunada, no viví una enseñanza basada en métodos gramaticales o mecánicos repetitivo. Jiménez menciona que: “La cultura escrita de manera formal puede llevarse a cabo en un espacio educativo donde niños y niñas socialicen, desarrollen la oralidad, jueguen, ríen, trabajen con pares, participen en obras de teatro, canten, aprendan rimas, participen en rondas, etc.” (s.a ,p.2). Y en mi caso, disfrutaba las actividades manuales que realizaba diariamente.

En casa era distinto, al llegar de la escuela mi abue nos daba de comer y después me salía a jugar con mi hermana Fabi, que es dos años menor que yo, una niña noble, cariñosa y muy divertida. Jugábamos a la tiendita, cortábamos hojas de los árboles o de las plantas, piedras, flores, y eso era lo que vendíamos. Con madera poníamos las cosas encima y primero una era la que vendía y otra compraba, nos imaginábamos cosas muy ricas, cosas que no nos compraban o que se nos antojaban, como pasteles, golosinas, comida etc. Esos juegos simbólicos tienen: “un lugar especial en el desarrollo y las acciones de los niños. Se les debe brindar oportunidades para practicarlo, ya que les permite mostrar y elaborar su comprensión acerca de su vida emocional y algunas relaciones importantes en su vida” (SEP, 2017, p. 295). Jugábamos libremente con objetos, nuestra imaginación volaba y lográbamos adquirir una mayor comunicación entre nosotras, expresábamos nuestras inconformidades y a la vez cómo solucionar los problemas.

Sacábamos las muñecas y hacíamos hoyos en la tierra que parecieran la alberca, construimos casitas con ramas y el techo lo hacíamos con hojas, otras veces cuando llovía hacíamos barquitos de papel y los echamos a las corrientes de agua que había, los seguíamos hasta que se perdían o se deshacían. En el programa de la SEP (2017) se menciona sobre propiciar e intercambiar “argumentos, exponer ideas, comentar sobre

experiencias que han tenido” (p. 256). Para generar un ambiente de confianza, ternura, ayuda, en el cual expresar sentimientos.

Teníamos el campo para nosotras, después salían nuestros primos que vivían frente a nuestra casa y vecinos que eran de edades similares a las de nosotras. Nos faltaba tiempo, jugábamos a las escondidillas, correteadas, cantábamos:

“Doña Blanca “

Doña Blanca está cubierta

De pilares de oro y plata

Romperemos un pilar

Para ver a Doña Blanca.

¿Quién es ese Jicotillo

Que anda en pos de Doña Blanca?

Yo soy ese Jicotillo

Que anda en pos de Doña Blanca.

Era divertido jugar con los amigos, eran más hombres, pero nos cuidaban a mi hermana Fabi, Julieta y a mí. Organizaban los juegos los niños más grandes y a las mujeres nos dividían cuando jugábamos en equipo. Éramos intrépidas cuando escalábamos una barranca que había al final del campo o al subimos a una barda que dividía un terreno, para agarrar las peras de los árboles. En la parte de atrás de mi casa había una calle que tenía una subida muy pronunciada, llegamos hasta arriba y de ahí nos aventábamos a toda velocidad en la avalancha. En el programa de la SEP (2017) se menciona que los niños que “han tenido variedad de actividades y experiencias al jugar, lograran un mayor desarrollo físico y habilidades más amplias, que los niños con una vida sedentaria” (p. 337). El poder contar con espacios para jugar, me hacía sentir feliz, compartir con mi

hermana, amigos y conocidos, juegos y largas pláticas sobre lo que pasaba con cada uno, enriqueció mi vida.

Curiosas nos metíamos entre los arbustos y observábamos la piel de víbora que había dejado; mariposas de muchos colores y a las abejas cuando se detenían en las flores del campo. Hubo ocasiones que me picaron las abejas, la mayoría era en el párpado y me dolía mucho. Se me ponía el ojo como boxeadora, hinchado y con mucho dolor. Había árboles grandes y eso permitía que pudiéramos escalar algunos, mi abue que era tan creativa, nos colgó un lazo en el árbol para hacerlo columpio, como estaba tan alto, no era un columpio cualquiera, se sentía distinto a los demás. Éramos muchos niños, nos tocaba por turnos, y en lo que esperábamos jugábamos a lanzar piedras, bajar tejocotes del árbol o de plano organizarnos para ver que más jugaríamos. Ya que “El juego es una estrategia útil para aprender ya que propicia el desarrollo de habilidades sociales y reguladoras por las múltiples situaciones de interacción con otros niños”. (SEP, 2017, p. 310). Como éramos de distintas edades, cada uno aportaba sus ideas hasta llegar a acuerdos, tratando de jugar a todo lo que se había propuesto.

Hacía papalotes, para ello iba al campo y cortaba ramas, con diurex, pegaba las varas y a escondidas agarraba hilo de mi abuelita, la cola la hacía con periódico o con tela. En una ocasión subimos al campo a volarlos ya que hacía mucho viento, se elevaban. Para que se elevara más, tenía que jalar el hilo y hacerme para atrás. Mi papalote estaba hasta arriba cuando sentí una punzada en mi espalda, al voltear, se me había clavado la punta de un maguey, llorando y con dolor, solté mi papalote y baje rápidamente a que me revisara mi abuelita la espalda. Con mucho cuidado, sacó la punta y me curó. El programa de la SEP (2017) hace mención que hay brindar experiencias a los niños como observar objetos, experimentar y brindar información que complete sus dudas. El poder

jugar en el campo me hacía sentir con libertad de para descubrir experiencias nuevas, sentir la tierra, hacer lodo y formar casitas, mojarnos bajo la lluvia, ver las estrellas al anochecer, fueron experiencias inolvidables.

En el campo, burro tamalero, fútbol, hoyitos, béisbol, canicas, trompo, yoyo, saltar la cuerda, nos metíamos en una llanta o en un tinaco y nos aventábamos hacia la pendiente, jugábamos con la bicicleta de mi primo, corríamos por las noches para agarrar a las luciérnagas y cuando las teníamos, las poníamos en un frasco o untábamos su luz en nuestra ropa, era una verdadera belleza observar esa luz en medio de la oscuridad.

Ya que estaba oscuro, les gritaban a mis primos para que se metieran a su casa. Mi tía Socorro, los cuidaba y les enseñaba buenos hábitos. Yo me sentía sola, me hacía falta mi mamá. Quería que me cuidara, que estuviera al pendiente de mí, me guiara como a ellos. Con mi hermanita Fabi, nos metíamos a su casa y nos quedábamos viendo que era lo que hacían. Después ya todos en la mesa, les servía de cenar y mi tía de mala gana se nos quedaba viendo y nos decía que, sí queríamos, nos sirviéramos café que estaba en la estufa. Recuerdo su mirada y en lo mal que me hacía sentir. Me aguantaba, ya que quería sentirme aceptada, con ese calor de hogar que yo anhelaba.

En la época de lluvia por las tardes se iba constantemente la luz y mi abue encendía unas velas para poder terminar sus quehaceres, nosotras nos sentábamos en el sillón y nos poníamos a cantar o a contar historias de terror, mi abue nos seguía la corriente y nos platicaba la leyenda de la llorona. Decía que por las noches caminaba una mujer de larga cabellera y una bata blanca, que había matado a sus hijos y estaba arrepentida de haberlo hecho. En busca de ellos, gritaba con una expresión de dolor -¡ay mis hijos!-. Nos quedábamos muy atentas y nos gustaba escucharla, porque lo contaba con tanta seriedad

que pensábamos que en cualquier momento se aparecería. Ya que: “La oralidad se adquiere en el contexto de la educación familiar y social, no es una tarea asignada a la escuela como es el caso de la cultura escrita” (Jiménez, (s.a, p.1). Tuve importantes experiencias orales en el contexto familiar lo que me permitió disfrutar de esta edad y que me prepararon para el ingreso a la alfabetización formal.

Nos levantábamos muy temprano para ir a la escuela, mis hermanas a la primaria que estaba frente al kínder. Mi mamá siempre me dejaba en la puerta del salón y se iba. Mi escuela era muy grande, de dos niveles, me gustaba mucho y en el patio había una alberca y juegos de fierro. Mi maestra de segundo de preescolar era una mujer alta, rubia de ojos azules, se maquillaba y peinaba muy lindo. Era muy amable y cariñosa, se llamaba Yolanda. Nos daba el saludo de buenos días y después nos dividía en las mesas para trabajar. Hacíamos planas de palitos, bolitas, boleado, rasgado, recortábamos, dibujábamos, me gustaba aprender. Aunque la maestra propiciaba un ambiente, agradable con su amabilidad y cariño, no creo que conociera otras formas de trabajo que implicaran retos cognitivos como lo señala Jiménez (s.a): “Sería conveniente introducir al niño en el ambiente alfabetizador a partir de juegos, rimas, cuentos, lecturas en voz alta, etc., en lugar de la enseñanza convencional basada en prácticas monótonas y repetitivas” (p.8). Sin embargo, al revisar los programas de Educación Preescolar de la época comprendo que desde las propuestas de la SEP no existían otras formas de trabajo.

Me gustaba visitar a mi tía Pachita que vivía frente a mi casa, y a mis primas que nos consentían y platicaban de sus aventuras. La más chica llamada Norma, era una niña muy risueña e inteligente, recuerdo que le gustaba peinarme, ya que tenía mi cabello muy largo. Me hacía trenzas, o me desenredaba el cabello, ya en la noche, me invitaba chocolate que hacía su mamá y nos sentábamos en el sillón a ver la televisión. A veces

me quedaba dormida y cuando llegaba mi mamá iba por mí y me llevaba a la casa a descansar. Oates (2007) afirma que cuando somos niños podemos entablar relaciones de apego con personas distintas y esto nos ayuda en un futuro a las relaciones interpersonales (p. 26). Su compañía me transmitía tranquilidad, hasta la manera en que me hablaba, con respeto y amabilidad. Su alegría la proyectaba cuando sonreía y eso me hacía sentir feliz.

Mi tía no trabajaba fuera de casa y siempre estaba al pendiente de mis primas. Preparaba cosas muy ricas como galletas, pan, postres, comida que no teníamos en mi casa. Fernando el mayor de sus hijos, cursaba la vocacional y cuando hacía sus tareas yo lo observaba muy atenta, escuchando música de rock se inspiraba y a mí me comenzó a gustar también, la disfrutaba tanto como él. Recostado en la alfombra de su cuarto, me daba una hoja en blanco con mi nombre y me decía que lo copiara, hacía muchas planas y al final quedaba satisfecha de haber aprendido algo. Este acercamiento con la cultura escrita con mi primo marco mi ingreso a la alfabetización. El programa de la SEP (2017) nos habla que se intenta un acercamiento del niño a la cultura escrita por medio de la indagación de textos escritos (p. 189). Sentirme en confianza, me daba la libertad de equivocarme e intentarlo nuevamente, hasta lograr escribir e identificar las letras de mi nombre. Fue divertida la manera en la que aprendí.

1.3 Escalando la montaña

A los seis años entré a la primaria Kalpilli, caminaba varias cuadras para llegar, tenía que subir una gran pendiente. La escuela era muy grande y yo me sentía rara al ver a tantos niños más grandes que yo. Me emocionaba recibir mis libros de texto, así como cuando me compraban mis útiles, mi uniforme, zapatos y tenis nuevos.

Mi maestra de primero se llamaba Carmelita, era una mujer alta y de bonita sonrisa, comprensiva y tolerante. Tenía como estrategia colocar el nombre de los niños con mejor aprovechamiento en el cuadro de honor, que era una cartulina pegada en el pizarrón a la vista de todos los alumnos. Ahí estuvo mi nombre en primer lugar varias ocasiones, lo que me hacía sentir cómoda con la escuela y con mi maestra, porque me sentía valorada. Es importante señalar que “La educadora puede ser una figura de gran influencia en el desarrollo de estos procesos al crear el ambiente en el que tales oportunidades se conviertan en formas permanentes de actuar e interactuar” (SEP, 2017, p. 309). Era una motivación para mí, ver de lo que era capaz y además que en casa se sentían orgullosas de mí. El contar con una maestra que me hiciera sentir tranquila, con su paciencia y dedicación,

Al terminar las clases mi mamá iba por mí a la escuela y le contaba cómo había estado mi día. Llegando a casa me quitaba el uniforme, comía y me ponía a hacer la tarea, me dejaban planas de letras y leer un libro para repetir el abecedario, que se llama *Juguemos a leer*. Al inicio empezaba con las vocales y una imagen, luego a unir vocales con consonantes, a decirlas por sílabas, hasta hacer oraciones cortas. Con paciencia mi mamá lograba que reconociera poco a poco cada letra, hacer oraciones y comenzar a leer y escribir poco a poco. Ella no lo sabía, pero coincidía con las dinámicas que el programa oficial de la SEP (2017) propone:

Los niños tienen modos particulares de entenderlo y de interpretar lo escrito; necesitan tiempo y experiencias con la producción e interpretación de textos para aprender algunas convenciones del uso del sistema de escritura, como la direccionalidad y la relación entre grafías y sonidos. (p. 190).

Por momentos, pensaba que al poder leer mejor, podría saber qué decían las propagandas pegadas en las paredes de la calle, espectaculares que había sobre la carretera o cualquier otro anuncio.

Como tarea, a veces me dejaban una lectura del libro de la SEP, eran entretenidas y tenían imágenes, eso hacía más interesante la lectura, ya que al observar, podía imaginar más o menos de qué trataría. Recuerdo una:

Cu-cú.

Cu-cú, cantaba la rana,
Cu-cú, debajo del agua,
Cu-cú, pasó un caballero,

cú cú, vestido de negro.

Cu-cú, pasó una gitana,
Cu-cú, vestida de
lana, y comiendo
pan, le pedí un
pedazo, no me quiso
dar, la cogí del brazo
y la hice bailar.

Si el cu-cú te gustó
volveremos a empezar.

En la escuela fui introvertida, no tuve muchos amigos, algunas veces en el recreo jugaba con algunas niñas y de repente se echaban a correr y me dejaban sola, yo me quedaba pensando por qué corrían y no me decían que no querían jugar conmigo, como fueron

varias veces las que me hicieron sentir mal, mejor andaba sola y me enfoqué en estudiar. En el programa de la SEP (2017) se habla sobre los comportamientos de los niños que tienen poca participación, por ser tímidos, y se dice que puede ser parte de su personalidad y que influye la manera en que interactúa con su familia.

Al no contar con un padre, me hacía sentir insegura al relacionarme con niñas de mi edad. Las observaba y yo las veía felices, con sus padres que las escuchaban y les daban consejos cuando eran las firmas de boletas. Trataba de tener relaciones cordiales con las compañeras, no meterme en problemas, quién quisiera estar conmigo, estaría sin obligación de hacerlo.

En el libro de lecturas podía encontrar trabalenguas, los cuales eran muy divertidos, porque al decirlos, mis palabras no eran las correctas y al practicarlo con mi hermana Fabi, nos carcajeábamos, uno que me aprendí fue el de:

Pepe pecas.

pica papas

con un pico,

pica papas

Pepe pecas.

En quinto año estuve con la profesora Teresa, gritaba mucho, me regañaba cuando las cosas no quedaban como ella quería y me arrancaba las hojas del cuaderno, me marcaba los errores con bicolor rojo, hacía planas de los errores ortográficos y de conjugar verbos. Cassany (1990) sostiene que: “En el modelo oracional, la enseñanza se centra básicamente en el ámbito de la oración, las categorías o partes de la oración, la

concordancia, la ortografía, etc.” (p.65). Relaciono la manera en que me enseñaba la maestra y pienso que era el modo en que ella aprendió. En una ocasión, me puso un parche en la boca por haber platicado en clase y tenía que traerlo hasta en el recreo, pasearme por todo el patio y ver que los demás me veían era algo que me hacía sentir enojada y apenada.

Ya en sexto año tuve otra maestra, pensé que sería diferente su método de enseñanza, pero no fue así, se llamaba Marielena, también gritaba y dejaba mucha tarea, copiar lecturas del libro de español, hacer páginas de matemáticas, ciencias naturales, maquetas. Cuando tenía un error ortográfico, me lo marcaba en círculo de color rojo y si algo estaba mal me mandaba recado para que lo firmara mi mamá. Ahora entiendo que mis maestras trabajaban en un enfoque basado en la gramática, y en formas de educar donde el castigo es visto como estrategia de corrección. Para Cassany (1990):

En el modelo textual el profesor corrige básicamente los errores gramaticales que han cometido los alumnos, el dictado en su forma tradicional, completar textos con palabras anteriores, acabar descripciones ya empezadas, describir sobre un tema u objeto x, en cambio, no tiene en cuenta otros parámetros como la originalidad, la claridad de las ideas, la estructura, el éxito comunicativo, el grado de desarrollo del texto (p.66).

Se me hacía natural la forma que trataba la maestra a los alumnos, la manera que me enseñaba, aunque en el fondo me sentía incómoda al darme cuenta que hasta con la mirada, la voz, los manotazos en su mesa de trabajo, tenía el poder de intimidar a cualquier alumno.

En una ocasión presenté una maqueta, al verla, comenzó a deshacerla diciéndome que estaba mal hecha, solo me quedé observando como rompía mi trabajo y me lo entregó todo desecho, los demás compañeros se quedaron sorprendidos de lo que pasaba y yo me sentía muy molesta, apenada e inconforme, al llegar a mi casa, le platiqué a mi mamá lo que había pasado, pero debido a su trabajo no pudo asistir a platicar con ella. Todavía no comprendo su comportamiento, sobre todo ahora que soy maestra.

Una maestra que recuerdo con mucho cariño, es la de Educación Física, su nombre era Enriqueta. En su clase me desempeñaba muy bien, considero que era de sus alumnas favoritas. Participaba en todas las competencias que había en la escuela y fuera de ella. Atletismo, voleibol, salto de altura, salto de longitud, lanzamiento de bala. Todas estas actividades, además del desarrollo motriz que iba adquiriendo y mejorando, el deporte me hacía sentir confianza al relacionarme con los demás. “Con base en la exploración y evolución de sus habilidades motrices, los niños efectúan actividades físicas de manera individual y en coordinación con compañeros” (SEP, 2017, p. 333), lo que permite una educación más integral y armónica.

La maestra Enriqueta marcó mi vida, por ser una persona que escuchaba lo que teníamos que decirle y tomaba en cuenta nuestras opiniones, nos impulsaba a ser mejores personas y apoyarnos entre compañeros, nos daba ánimos cuando no ganábamos alguna competencia o algún partido. Como menciona Sierra:

La posibilidad y disposición de los maestros a crear un clima que propicia el autoconocimiento, la confianza en los recursos personales, la responsabilidad para desarrollar esos recursos y el seguimiento personal, atento y cálido a la persona que está en proceso de desarrollo y de aprendizaje (2001, p.63).

Es importante el vínculo que se llega a formar con cada alumno, ya que viven experiencias distintas en las que experimentan en su hogar, en este sentido queda clara la importancia de asistir a la escuela donde desarrolla habilidades emocionales y cognitivas.

Tuve la fortuna de ser muy valorada por mi maestra por mis habilidades físicas, considerándome en el equipo para ir a competir. Mi mamá y mi abue nos llevaban a los lugares donde eran las competencias, recorrimos muchos lugares, la maestra le decía que me impulsara y apoyara para que no dejara el deporte, que tenía mucho potencial. Comprendo ahora que en casa había otras prioridades, como el que mi mamá trabajara para solventar los gastos y mi abue hacerse cargo del hogar y el poder encontrar el apoyo y confianza en una maestra, fue de gran ayuda para mí. Como lo menciona Sierra (2001) “brindar la confianza a los alumnos para que cada uno tenga la seguridad, la capacidad de valorar sus conocimientos y habilidades, para llevarlas a cabo” (p.64). Encontrar en la escuela a una persona que me motivara a lograr objetivos, fue lo mejor que me podía pasar y hasta el momento de un infinito agradecimiento.

Mi mamá se dedicaba a trabajar la mayor parte del tiempo y algunas veces no podía llevarme, eso me ponía muy triste y enojada, la maestra le preguntaba a mi mamá, por qué no asistía y ella le expuso el problema de tiempo y la maestra propuso que me fuera con ella cuando mi mamá no pudiera. Fueron tiempos que jamás olvidaré. Amaba lo que hacía. Sentí nostalgia cuando salí de la primaria, ya no vería a mi maestra Enriqueta y tampoco seguiría en las competencias con ella.

Algunos días de la semana, mi abue nos llevaba a casa de su sobrina Carmela, que vivía en la colonia observatorio. Recuerdo que en la entrada estaba la cocina y luego su sala con un librero que cubría toda la pared. Me sorprendía al verlo, ya que pensaba, si todos

esos libros ya los habrían leído. Algunas veces le pedía prestado alguno y lo hojeaba, eran enciclopedias de materias como español, matemáticas, historia. Otros eran diccionarios ilustrados, esos se me hacían más atractivos y me gustaba verlos. Les ayudaba a hacer sus quehaceres y algunas veces me pedía que la apoyara a revisar los exámenes de sus alumnos, ya que era maestra de primaria. Al principio me costaba trabajo porque veía muchas letras y tenía miedo a equivocarme. Comenzaba a leer y con el tiempo me costaba menos trabajo. Me daba un examen correcto y yo tenía que calificar los demás. En algunas ocasiones los corregía, me daba lástima que no tuvieran ningún acierto. Ella por cierto no se daba cuenta. Me fue teniendo confianza y me llevaba a la escuela donde trabajaba, yo veía a los alumnos muy altos, además que era el turno vespertino, algunos de ellos no la trataban bien, le gritaban cosas o algunos le hablaban en un tono que no me gustaba. Veía un ambiente de poco control de jóvenes rebeldes. También noté que ella los trataba mal, les gritaba y les decía cosas ofensivas, me preguntaba por qué actuaba así, ellos no se merecían ese trato. Pensaba que si algún día yo llegara a ser maestra no repetiría esa clase de trato hacia los demás y trataría de tener más acercamientos positivos con los alumnos.

Capítulo 2: Emociones a flor de piel

Era momento de presentar mi examen para entrar a la secundaria, la mejor opción estaba cerca de mi casa porque podía irme caminando. Para saber si había sido aceptada, tuve que ir a revisar unas listas que pegaban fuera de la secundaria, ¡Me había quedado! Muy contenta de haber logrado entrar a la escuela que quería, esperaba con ansias, pero con nervios poder empezar el nuevo ciclo escolar.

Llevaba una falda cuadriculada, calcetas y playera blancas, con suéter verde. Me costaba trabajo dormir de la emoción o los nervios de entrar a una nueva escuela. Como de costumbre, mi abue me daba una taza de café caliente y me mandaba una torta de huevo o jamón. El dinero era muy escaso en casa, así que solamente me daban para comprarme algún dulce y me iba caminando, no necesitaba para pasajes. Al llegar a la escuela, me sentía intimidada, al ver a tantos alumnos más grandes. Desde el principio hice amistad con Tania, una niña muy guapa, alegre, sociable. A la hora del descanso salíamos al patio y ella le hablaba a los demás niños, los conocía de la primaria, así fui conociendo a las demás amigas. Julia, Alejandra, Juana, Abigail, Lilia, Isela y los demás compañeros del salón. Me costaba trabajo hacer conversaciones, solamente los observaba y me reía de sus bromas. El sentirme aceptada en un grupo de amigas, me daba la libertad de dar mis puntos de vista y opinar sobre algún tema. Fue un proceso lento, que al final del ciclo escolar, logré tener más iniciativa y seguridad.

En el salón, trataba de poner atención a los maestros, unos eran muy exigentes al pedir las tareas y trabajos, otros nos dictaban todo el tiempo, la materia que me costó más trabajo fue inglés. No entendía nada, con mucho esfuerzo logré aprobar. El taller que me fue asignado entre las opciones que elegí fue dibujo técnico. El maestro era muy amable, nos repetía las cosas cuando no entendíamos, solo que a veces lo desesperaba

que no hubiera orden y silencio en el salón. Recuerdo que me decía que tenía que aprender y poner atención a lo que me estaba enseñando, que en un futuro, eso me serviría, por lo menos para hacer carteles, mantas. En la clase de biología, nos daban algunas veces taller de laboratorio, también me llamaba la atención, observar las cosas en microscopio detenidamente, pero hubo una ocasión que tuvimos que abrir un pez para ver sus órganos, ¡me dio mucho asco! Cada materia tenía cosas que me gustaban y otras no, pero que al final, todas servían para mi formación, Freire afirma que: “O nos adherimos al estudio como un deleite y lo asumimos como una necesidad y un placer o el estudio es una pura carga, y como tal, la abandonaremos en la primera esquina”. (cit. por Moreno, 2001, p. 69). Trataba de hacer lo mejor posible las tareas, que, aunque las sintiera difíciles como inglés, tenía que pasar la materia o me reprobarían.

Empecé a tener más materias, a realizar más trabajos y tareas en casa. Me llamaba mucho la atención la clase de español, la daba una maestra que se la pasaba callando al grupo, era exigente, le gustaba el orden, me dejaba hacer reseñas de las lecturas. En el libro venían fábulas, leyendas, novelas, poemas. Una fábula que recuerdo es la de:

La cigarra y la hormiga.

Todo el verano cantó la
Cigarra, pobre artista, y
estaba muy desprovista

de la cuando el invierno llegó.

Sin la más leve porción de
mosca ni de lombriz, a
llamar fue la infeliz
hormiga a la mansión.

-Ruego a usted- dijo a la Hormiga
Me preste un poco de grano,
hasta que llegue el verano,
cara vecina y amiga; antes
de agosto, sin duda,
pagaré a fe de animal,
créditos y capital; venga,
señora, en mi ayuda-

La Hormiga, dura y mezquina
(es su defecto mayor),
-¿Qué hizo durante el calor?-
dijo a la triste vecina.
-¿Qué hice, señora? Cantar-
respondió la interpelada.
-¿Cantó entonces la cuitada?,
pues hoy váyase a bailar.

Podía observar que la lectura me dejaba una lección por aprender y reflexionar. Para Domínguez (1975): “En toda fábula siempre aparece un hablante básico que nos la cuenta, es decir un narrador. El narrador presenta personajes característicos, dos o tres y en muchas ocasiones animales. Los personajes se enfrentan y de un determinado acontecimiento” (p. 61). Estas lecturas favorecieron a mis aprendizajes éticos y morales. También, con estos textos literarios, crecía mi imaginación y mi gusto por la lectura, además que me dejaba un mensaje, como en este caso el poder trabajar, ahorrar, en algún momento poder contar con lo necesario y ayudar a otros.

La maestra de geografía, explicaba casi toda la clase, me dejaba hacer resúmenes de cada unidad y realizar los mapas que venían, era interesante conocer los países, su flora, fauna, los territorios. Eran temas de mi interés, me sentía atraída por conocer que había más allá de Cuajimalpa. En ese entonces aun no conocía el mar y me agradaba verlo en los libros. Descubrí nuevos mundos, lugares inimaginables, la manera en la que vivían las personas, sus costumbres, cultura, su lengua y sobre todo comenzó mi gusto por los paisajes y el mar.

Ahora reflexiono que en las clases la secundaria, se utiliza la escritura como estrategia de aprendizaje, generalmente se usa para evaluar. Al respecto Cassany (1990) menciona: “Se trata de que los alumnos escriban sobre temas de sociales, matemáticas o física, en la asignatura correspondiente, para que aprendan sobre estos temas, además de practicar y mejorar su expresión” (p.77).

Ya en tercero de secundaria, las cosas cambiaron un poco, me sentía más en confianza con los compañeros, les hablaba mejor, mis amigas siguieron siendo las mismas. Cuando teníamos que hacer equipo, siempre nos elegíamos entre nosotras. En la clase de español, nos dejaban leer alguna novela, eran más largas, pero a la vez narraban una historia, mostraban sentimientos, eran románticas y eso me gustaba, quizás por lo que Domínguez (1975) menciona: “La novela surge como una necesidad de comunicar al mundo visto por un narrador y dar a conocer los sentimientos, pensamientos, emociones, vivencias, de los personajes que lo pueblan (p. 253). Cuando empezaba a leer, imaginaba la situación en la que estaban los personajes, sentía sensaciones de alegría, sorpresa, tristeza. Era algo que disfrutaba y de alguna manera me ayudaba a ampliar mi vocabulario.

El maestro de Educación física organizaba tablas gimnásticas. Dejaba que cada equipo eligiera la canción. Había seis grupos por generación y era una especie de competencia a ver cuál de todas era la mejor. Era divertido. Por las tardes iba a casa de una compañera a ensayar y cuando era el turno de descansar, platicaba y compartía revistas de moda, como la de Notas musicales, donde venían las letras de canciones, otra era la de ERES, que era de chismes de artistas y moda, la otra era POP, venían reportajes de artistas, consejos de moda y belleza. Entre pláticas de ese tipo y ensayando se me pasaba el tiempo volando. Me daba la oportunidad de poder expresar y compartir ideas que no trataran solo de la escuela, en las revistas, leía los consejos que venían, o alguna anécdota de superación que no era extensa, pero llamaba mi atención. El programa de la SEP, plantea que:

El logro de una mayor autonomía, en actividades como la expresión de ideas, la resolución de un problema, hacerse cargo de sí mismo, se favorece como parte de los procesos de construcción de la identidad, del desarrollo de habilidades emocionales y en el establecimiento de relaciones interpersonales sanas (SEP, 2017, p. 310).

Hacer trabajos en equipo, aunque solamente eran para la calificación, creo que eso me ayudaba a, divertirme, ponerme de acuerdo, trabajar en equipo, a conocer a mis compañeros de diferente manera, no solo hablar de la escuela, también de nuestras emociones, gustos y vivencias personales.

Participé en una pastorela con todo el grupo, representando a una campesina. Era un papel muy corto que tuve que ensayar para aprenderme el diálogo. No era algo que me encantara, pero lo tuve que hacer para que no me reprobaran. Mi abue y mi mamá fueron

a verme. Era lo que me animaba. Que estuvieran conmigo las personas importantes para mí. Me parece que esta etapa ha sido la que he disfrutado, en relación a lo social.

El desarrollo personal y social es un proceso gradual en el que el estudiante, explora, identifica y reflexiona sobre sí mismo; toma conciencia de sus responsabilidades, así como de sus capacidades, habilidades, destrezas, necesidades, gustos, intereses y expectativas para desarrollar su identidad personal y colectiva. (SEP, 2017, p.277).

El poder relacionarme con mis compañeros, me daba otra visión más amplia, porque cada quien manejaba distinto las emociones, las reacciones. Unos eran más hábiles en matemáticas o en inglés, pero otros en español, geografía, educación física.

En casa mi tío Enrique, hermano de mi mamá, le gustaba ver y leer *El libro vaquero*, *El libro semanal*, *La revista Alarma* y cuando las dejaba en el sillón de la casa, las tomaba para leerlas. Mi abue decía que eran revistas para adultos y se molestaba cuando veía que las agarraba. Eso me daba más tentación y entonces me las llevaba a escondidas, a otro cuarto de la casa. Pude observar que eran historias donde había mujeres voluptuosas, hombres vestidos de vaqueros y que contaban historias de amor. La revista alarma eran más reportajes sobre crímenes y aparecían fotografías muy explícitas de los accidentes, poco a poco me dejó de llamar la atención verlas, ya que observar lo que pasaba por las calles me hacía sentir temerosa.

2.1 Corriendo de prisa

Cuando salí de la secundaria no aprobé el examen para la prepa. Mi mamá decidió que no podía quedarme sin estudiar, así que me inscribió en una escuela para estudiar secretariado en computación cerca de mi casa, asistía los sábados, comenzaban a usarse

las computadoras con pantalla negra y letras muy verdes. En la clase de taquimecanografía, repetía planas de las letras. Lo que se me dificultó fue el sistema de la taquigrafía que era el Gregg. Era una manera más rápida de escribir y tomar dictado. Estuve un año estudiando, pero no logré terminar la carrera.

Empecé la carrera de cultora de belleza en una escuela de monjas en la colonia Tacubaya, me enseñaron todo lo relacionado con el cuidado de las manos, pies, uñas, depilación, maquillaje, peinados, para poder laborar en un salón de belleza. A parte tenía clases de ética, las monjas eran las maestras, me enseñaban valores y las clases eran muy amenas, eran cosas de la vida cotidiana que tenía que saber y me hacían comprender la importancia del respeto, solidaridad, bondad, humildad. Cursé dos años en los cuales tengo un grato recuerdo de mi maestra, ya que amaba su oficio y lo compartía con mucho entusiasmo.

En ese tiempo comenzaba a salir a las fiestas, me relacionaba con más amigos y conocí al papá de mis hijos. Olegario era un joven tranquilo, siempre andaba muy alineado y peinado, me sentía a gusto cuando platicábamos, nos entendíamos muy bien, hasta que un día menos pensado me pidió que fuera su novia. Acepté, aunque no lo tomaba muy enserio, él salía con sus amigos y yo con las mías. Sin decirle dónde vivía preguntó mi dirección y me fue a buscar a mi casa. De ahí en adelante salimos con más frecuencia, me invitaba al cine, a conciertos, era divertido, atento. Mi mamá no estaba de acuerdo con esta relación, ya que se daba cuenta que siendo tan joven tomaba demasiado. Yo no lo veía tan grave, solo hablaba con él y le decía que ya no tomara, que se fuera a su casa y se recuperara, que cuando se sintiera mejor nos veríamos. Tenía poco de haber terminado la carrera de cultora de belleza, cuando me dí cuenta que estaba embarazada. Le comenté a Olegario y sin dudarle me brindó su apoyo, aunque eso no quita que los dos temblábamos de miedo. Yo me sentía muy indecisa en el hecho de saber qué

decisión tomar, sentía temor a la responsabilidad de criar, educar, a un hijo. Decidimos esperar una noche a mi mamá y hablar con ella. Mi abue ya sospechaba, solamente se me quedaba viendo y no me decía nada. Yo creo que mi cara lo decía todo. Nos sentamos en un sillón cerca de la puerta y al llegar mi mamá me preguntó, qué pasaba. Le pedí que se sentara, porque queríamos hablar con ella. Al mirar su cara, quería meterme bajo la tierra, su mirada se llenó de tristeza y sus ojos de lágrimas, cuando comencé a decirle que me quería casar, me preguntó si estaba embarazada y le dije que sí. Me dijo que lo pensara bien, que no era necesario casarme, que podía cuidar a mi hijo sola. Olegario le dijo que me quería y deseaba adquirir un compromiso conmigo. Eso me hacía sentir segura, porque yo también lo quería, aunque por otro lado triste por el sufrimiento que les estaba ocasionando a mi abue y mamá. A pesar de lo que me decía mi mamá, le dije ese día que sí lo haría y sería lo más pronto posible, para que no se me notara tanto el embarazo. Fue una larga noche, escuchaba que mi mamá estaba llorando y platicando con mi abue de lo que había pasado. Me sentía la peor de las hijas, las había decepcionado, las estaba haciendo sufrir, tenían muchas expectativas conmigo. En diciembre, me casé por el civil y festejamos con una pequeña reunión familiar. La boda por la iglesia se realizó a los dos meses. Las familias ayudaron a que el evento se llevara a cabo, me sentía fuera de lugar, no sabía qué hacer, cómo actuar, estaba muy confundida. Pensaba en la decisión que había tomado y que muchas personas me daban consejos, de ser madre soltera y yo me aferré a vivir esa experiencia a mis 18 años.

Durante mi embarazo estuvimos viviendo en casa de mi mamá. Esta etapa el recuerdo llena de aprendizajes. Me la pasaba en la casa, ayudando a mis hermanas a los quehaceres y por las tardes mi abue me daba clases de cocina, ahora tenía que aprender otras cosas. Ella estaba delicada de salud, era diabética y se comenzó a dializar, no tenía

permitido acercarse a la estufa, ya que perdió sensibilidad y algunas veces llegó a quemarse. Así que lo hacía de lejos, era tan serena, que aprendí con mucha facilidad.

Cuando llegaban los sábados, mi hermana Claudia se iba a las fiestas y yo solo me quedaba viéndola, se escuchaba por la calle la música, los gritos de la gente, el ambiente de diversión. En las noches me recostaba en mi cama y pensaba que a mi corta edad ya estaba esperando a un bebé y ni siquiera yo sabía cuidarme. En la gran responsabilidad que me esperaba y no lograba ponerme de acuerdo con Olegario, la vida que me esperaba sin haber seguido estudiando. Olegario trabajaba con su amigo vendiendo cantera y de chofer, siempre tratando de sacar adelante los gastos que teníamos.

El parto fue muy doloroso. En el hospital me dejaron mucho tiempo tener contracciones y a cada rato iban practicantes a hacerme el tacto. Diego traía el cordón umbilical enredado en el cuello, tuvieron que hacerme una cesárea. Salir del hospital con mi bebé fue un alivio. Fueron días de recuperación, mi abue y mi mamá me cuidaron durante ese tiempo, me daban mucho atole, ya que decían que eso me haría tener más leche, comer bien para tener fuerzas, me enseñaron a bañar al bebé, a darle de comer, a tenerle los cuidados necesarios. Lloraba constantemente, pero me decía mi mamá que tenía que dejarlo llorar para que no se acostumbrara a los brazos. Cuando me acercaba, le hablaba y trataba de calmar su llanto, cargándolo y apoyándolo en mis brazos, con un rebozo que mi abue me había enseñado a usar y que lograba contenerlo mejor. Cuando no dejaba de llorar le cantaba la parte de una canción de cuna.

A LA RORO NIÑO.

a la roro ya,
duérmete mi niño,
duérmete ya,

porque hay viene el coco
y te comerá.

En las noches que me despertaba para darle de comer, lo observaba y se me hacía increíble ver sus manitas, su nariz y ojos tan pequeños, me inspiraban una gran ternura, cada día, notar como iba creciendo y que ahora yo sería su guía y estaría a su cuidado.

Sentía una gran responsabilidad y a la vez un amor tan grande que me hacía protegerlo. Como menciona Oates (2007) algunos de los factores importantes para el apego seguro, es la capacidad que podemos tener para identificar los sentimientos del niño, así como sus necesidades (p. 17). Por eso trataba de darle el cariño y las atenciones que necesitaba, era tan inofensivo y ahora dependía completamente de mí. Tenía que estar emocionalmente bien para darle una mejor atención, aunque sabía que tenía mucho por hacer.

Nos fuimos a rentar un cuarto pequeño, cerca de la casa de mi mamá, ahí comenzamos la vida de casados. Ponernos de acuerdo en las decisiones que se tomaban, hacernos cargo de nuestro hijo. Estaba entusiasmada, porque íbamos comprando cosas para la casita, salíamos los fines de semana al súper y al terminar llevábamos a Diego al zoológico, al bosque, al cine. Olegario era un hombre complaciente, atento, acomedido cuando se le necesitaba en cualquier situación, resolvía los problemas con gran facilidad. Nos llevábamos bien como pareja. Se dedicaba a trabajar la mayor parte del tiempo y yo me hacía cargo de la casa y de Diego, pero, por otra parte, me sentía frustrada, enojada, no me complacía ser solo ama de casa.

Hubo un tiempo donde organizábamos fiestas, de todo tipo de música, donde la finalidad era obtener más ingresos. Era bastante trabajo al tener que escoger un diseño para la

publicidad, repartirla, colgar las mantas, buscar el lugar del evento, etc. Pero al final los resultados eran favorables. Hubo momentos en los que había bastantes ganancias.

Tenía la ilusión de que tuviéramos nuestra propia casa, pero al platicar con él, no se sentía entusiasmado. Yo quería estar en una mejor situación, imaginaba tener mi propia casa, que cada quien tuviera su espacio y no seguir en el pequeño cuarto donde vivíamos.

Diego iba creciendo, era un niño muy noble y risueño, le gustaba mucho jugar a la pelota, casi no le dedicaba tiempo y jugaba solito. Yo pensaba que tenía que estar todo bien en casa cuando llegara Olegario y no se enojara, mi inexperiencia cada vez me hacía alejarme de Diego, ahora entiendo que cada etapa es fundamental para tener un vínculo y apego seguro. Al respecto Oates (2007) menciona:

La ausencia de una relación afectuosa y positiva con los padres, el apego inseguro y la vigilancia y participación inadecuadas en el cuidado de los niños están estrechamente vinculados con un sensible incremento en el riesgo de que estos manifiesten problemas de conducta y trastornos emotivos. (p.34)

La convivencia que teníamos con Diego era poca, a pesar de que yo estaba todo el día con él, mi mente estaba en otro lugar. Cuando lo bañaba era cuando podíamos tener más contacto y le daba más tiempo o a veces los fines de semana que salíamos a algún lugar. Efectivamente se fueron notando los cambios cuando ingresó al preescolar, ya que era un niño tímido e inseguro.

Cuando Diego tenía 5 años, decidí tener otro bebé, a pesar del dolor físico que podría causarme, pero también quería que tuviera un hermano. Mi mamá nos había ofrecido regresar a la casa en un cuarto donde mi tío Enrique vivía y había dejado, ya que falleció

meses atrás de diabetes. Ya no pagaríamos renta y podríamos ir juntando dinero para comprar un terreno. Acepté con gran alegría estar con mis hermanas, mi mamá, mi abue. Esperaba con ansiedad a este bebé, estaba en una etapa donde tenía mejor comunicación con Olegario. El embarazo lo disfrutaba y le enseñaba a Diego que tendríamos un nuevo integrante en la familia. Juntos le poníamos música en mi panza y se movía, platicaba con él, les conté cuentos infantiles, como el de *Los tres cochinitos*, *Caperucita roja*. Le gustaba ver las imágenes y se quedaba atento al escuchar la historia, teníamos conversaciones sobre la lectura ya que me hacía preguntas de los personajes y se imaginaba que sería de los cochinitos y de caperucita. Dice Oates (2007) que un ambiente lingüísticamente enriquecedor es donde los padres leen a los niños y conversan con ellos, ya que promueven el desarrollo cognitivo y lingüístico e intelectual del niño (p.18).

Me parece que el hecho de sentirme cerca y pasamos tiempo de calidad, influyó para que Diego comenzara a tener buena comunicación con sus compañeros, después de haber sido un niño tímido ahora se relacionaba de una manera adecuada con sus compañeros, cada que había un problema estaba con la disponibilidad de ayudar y a hacer sentir bien al otro.

Todo mi embarazo marchó bien, pero las cosas se complicaron al momento del nacimiento, ya que al igual que Diego, Yael traía el cordón umbilical enredado en el cuello y no respiró al nacer por unos segundos. Estaba angustiada, no sabía lo que estaba pasando, solamente noté que se llevaban al bebé y siguieron con mi operación. Ya en recuperación me explicaron lo que había pasado y me dijeron que podía visitarlo al siguiente día en la incubadora. Me sentía triste por lo que estaba pasando, nunca lo imaginé, pensé que todo saldría bien. Al siguiente día me bañé y fui a la sala de cunas

del hospital. Me dieron la indicación para sacarlo con cuidado ya que estaba canalizado y tenía que tener cuidado. Lo levanté de la incubadora y le comencé a hablar, le decía que lo amaba, que no lo iba a dejar, que le tenía que echar ganas para estar bien, que muchas personas lo esperaban con mucha alegría en casa, que teníamos muchas cosas por vivir juntos. Me invadió una tristeza muy grande, aunque me decían los médicos que todo iría bien, yo me sentía preocupada. Miraba su pequeño cuerpo, sus manitas frágiles, sus pies llenos de piquetes de agujas. Lo abracé, le tocaba su carita, y lo pegaba a mi pecho platicando con él. Solo me permitieron estar poco tiempo y al siguiente día me dieron de alta. Él se quedó una semana y por las mañanas me llevaban a visitarlo y también para darle de comer. Sentía una profunda tristeza dejarlo ahí, pero sabía que estaría bien, con los cuidados que él necesitaba. Creo que fue un momento en el que reflexioné sobre lo que decían algunas mamás, que cuando tienes un hijo das la vida por él. Y tenían mucha razón, me partía el corazón verlo. Se le realizaron estudios para ver si no tenía algún problema neurológico, lo mandaron a estimulación temprana y como estaba bajo de peso, a un tratamiento para lograr nivelarlo. Todo se fue acomodando, pasaba el tiempo y yo me sentía en una zona de confort, donde mi única tarea era cumplir con los quehaceres y cuidar a mis hijos.

En esos tiempos mi abue se sentía cada vez peor, ya no quería comer, estaba delgada y no tenía fuerzas ni ánimos de nada. Un día me pidió que me quedara con ella a dormir y yo no quise, le dije que tenía que estar con mis hijos, a los pocos días la internaron en el hospital ya no regresó a la casa. Nos hablaron para despedirnos de ella. Le pedí que me perdonara, por todo lo que le había hecho sufrir, por no haberme quedado con ella a dormir cuando me lo pidió, tocaba sus manitas, su cara, la besaba en sus mejillas, y sus ojos cansados se cerraban, mis hermanas y mi mamá estábamos en la habitación, no dejábamos de llorar en silencio, mi mamá fue la última en estar cerca de ella, la beso y

se despidió de ella. Fue una pérdida muy grande para todas, era nuestra madre y se había ido, ahora me sentía sin rumbo, algo de mí se había apagado, pero en mis ratos de tranquilidad, pensaba en todas las cosas buenas que aprendí de ella, en la gran mujer que fue en todos los aspectos, alegre, positiva, entusiasta, bondadosa, generosa, siempre dándonos todo su amor y comprensión. Ahora tenía que seguir adelante con pasos firmes y como ella decía: “agarrar al toro por los cuernos”.

Los fines de semana se reunían en casa de sus papás de Olegario, nosotros íbamos de visita y me sentía a gusto, eran personas atentas y respetuosas conmigo. Pero ya después de la comida, empezaba a tomar con sus hermanos y entonces ahí era cuando ya perdía el control de beber y en otras ocasiones cuando nos invitaban a alguna fiesta. Comencé a buscar lugares de ayuda psicológica, tomaba las terapias grupales e individuales y empecé a leer libros de autoayuda. *“la última oportunidad”*, *“los cuatro acuerdos”*. Con estas lecturas me sentía comprendida y pensaba que no era la única persona que estaba pasando por situaciones similares, que había soluciones a los problemas y que tenía que ser perseverante, tolerante y con ideas más claras para mi futuro.

2.2 ¡Bienvenida la vida laboral !

Empecé a trabajar cuando Yael tenía 3 años, mi situación económica no era buena y yo me quería sentir útil fuera de casa, hacer otras cosas. Llevaba a Diego a jugar Básquetbol, ahí conocí a Yolanda la mamá de otro niño del equipo. Le comenté mi situación y le pedí que cuando hubiera trabajo en el kínder donde ella estaba me avisara. Pasó un tiempo y me llamó un domingo, me dijo que me presentara al siguiente día. Tenía que tomar la decisión inmediatamente y decidí ir a la entrevista. Muy temprano me levanté y me puse muy guapa para dar una buena impresión, al entrar me pidieron mi identificación y se sentía el ambiente tenso, ya que había mucha vigilancia. Al ir

caminando mis piernas me temblaban, pensaba en lo que diría y al llegar, me sorprendió lo grande que era, dos niveles, con un patio extenso y un arenero. Percibía un olor como a hierbas secas, al llegar a la dirección, me recibió la secretaria llamada Karen, muy amable, me hizo esperar un poco y me ofreció un café. A lo lejos se escuchaban los gritos de los niños, sus voces y las de las maestras llamándoles la atención. De repente la directora Sonia salió de su oficina. Me hizo pasar y comenzó la entrevista. Me preguntó a qué me dedicaba, mi escolaridad, estado civil, si tenía hijos. Yo le contesté con seguridad y confianza y al parecer quedó a gusto conmigo, era amable, risueña y la conversación fluyó de buena manera. No me sentía intimidada, al contrario, y con agrado, me dio la bienvenida al equipo, indicándome en qué área estaría.

Estaba muy nerviosa, pero tenía mucha iniciativa, empecé en un salón llamado Tel Aviv, ahí estaba a cargo de la maestra Neli. Ella era diseñadora y hacía todo el material de los temas que se veían en cada grado (Láminas, títeres, vestuario). Me divertía en ese salón, cuando me ponía a pensar en cómo realizar cada cosa que me pedían, parecía que estaba jugando, detallaba cada material para que quedara bonito y llamativo para los niños. La maestra Nelly estaba contenta con mi trabajo y teníamos una buena comunicación, al escucharla hablar en hebreo me sorprendía y escuchaba la manera en que lo hacía al darme una indicación, como: -ve a dejar el material a la kita (salón) de la maestra Eva- me decía-. O cuando me dejaban cuidando a los yeladim (niños) en el jatzer (patio) y algunos niños hablaban hebreo. Me daba mucha curiosidad su lenguaje. Observaron mi buen desempeño y compromiso, así que, comenzando en nuevo ciclo escolar, me asignaron como asistente de la maestra de preescolar. Se llamaba Leticia, era respetuosa y me pedía las cosas con amabilidad, al iniciar la clase les cantaba una canción:

La mariposita.

*ven acá mariposita
siéntate en mi manita,
siéntate, descansa,*

*no tengas miedo,
y después,*

volarás.

Hicimos buen equipo, desde temprano nos organizábamos para tener las actividades listas en cuanto llegaran los niños. Cuando se acercaban fiestas judías, tenía que preguntar sobre los símbolos de cada una. Empezaba Rosh-hashaná, (cabeza del año), los más significativos eran, la manzana con miel, para tener un año bueno y dulce, una cabeza de pescado, para ser siempre la cabeza y no la cola, granada, los méritos que cumplirán y el shofar, un cuerno de chivo, que lo tocan para que se abran las puertas del cielo. Y así de cada fiesta, tenía que saber lo que trabajaría con los niños. Eran costumbres nuevas para mí, pero me gustaba observar cómo en cada una, eran muy unidos como comunidad. Algo que llamó mi atención por completo, fueron los cumpleaños. Invitaban a los papás, abuelos, tíos, y llevaban pastel y dulces a la clase. Iniciaba la maestra cantándoles una canción de cumpleaños en hebreo, español e inglés. Les ponía una corona de rey o reina. Luego cada uno de los familiares le daba un deseo al niño y contaba una pequeña anécdota sobre él. Eso era un momento muy emotivo para mí. El niño demostraba felicidad de ver a todos reunidos y se notaba la unión que había en la familia. Eso no pasaba con todos, en algunas ocasiones se veía poco interés, ya que uno de los padres no participaba en las actividades, no ponía atención o se salía del salón de clase. Cada niño hacía la donación de un libro y eso ampliaba el repertorio que había en el salón.

En la Kita (salón), había un área de lectura, los niños podían elegir un libro y estar un tiempo ahí. Disfrutaban observar e interpretar las imágenes que se presentaban. Algunos hacían el intento por comenzar a leer y otros escuchaban la historia poniendo atención. En la escuela había una biblioteca dónde los niños asistían una vez por semana, estaba acondicionada con cojines, mesas y sillas para trabajar y una gran cantidad de libros de acuerdo a cada etapa. La maestra a cargo presentaba un libro que trataba sobre la unidad de indagación que estaban viendo en ese momento y al terminar, ponía una actividad relacionada con la lectura. Después ellos podían elegir un libro y lo llevaban a sus casas, en la parte de atrás traía una hoja donde ellos hacían una observación si les había gustado la lectura. Cada año se organizaba una feria del libro. Venían de diferentes editoriales y asistía un cuentacuentos, a los niños les encantaba, se emocionaban y participaban, ponían atención y al final quedaban muy contentos. En el patio se ponía una muestra de los libros donde ellos elegían el de su preferencia y lo llevaban a sus casas. Se les mandaba el costo a los papás y ellos después mandaban el dinero.

Otros días tenían una clase de rítmica, con la maestra Daniela, era muy exigente y cuando les daba una indicación algunos saltaban del susto, o al llamarles la atención les alzaba la voz, que parecía que estaba gritando. Les enseñaba canciones en hebreo y bailaban utilizando gran variedad de instrumentos, hacían actividades de psicomotricidad, con aros, pelotas, colchonetas. Fue una etapa de mucho aprendizaje.

2.3 Cumpliendo sueños

Trabajar en una escuela me hacía pensar en retomar mis estudios y hacer una carrera relacionada con los niños, así que empecé a investigar sobre una sabatina. Y encontré opción. Presenté el examen para el Cetis 10, ubicado en la colonia Rosa Blanca y fui

aceptada. Con mucho gusto, me reencontré con mi amiga Yolanda y como vivimos por el mismo rumbo, nos íbamos juntas en las mañanas y en las tareas que nos dejaban nos apoyamos en las dudas que tuviéramos. Era carrera técnica en puericultura con bachillerato, y de cada materia nos dejaban trabajos para la semana, la mayoría eran libros con ejercicios para resolver, materias como química, física, inglés, que me costaba trabajo entenderle y tuve que tomar clases extras, con maestros, en la biblioteca que está cerca de mi delegación. Por las noches en lo que yo adelantaba las investigaciones que me dejaban, mi hermana Miriam y mi mamá me ayudaban a diseñar y coser material lúdico, como colchonetas para estimulación temprana, cubos de texturas, móviles, títeres, libros para bebés. Los sábados después de entregar todo este material, me sentía fatigada, entendía que era para aprender estrategias, pero se me hacía excesivo y al final, lo entregaba para lograr obtener una buena calificación. Al reflexionar esta práctica, de acuerdo con Cassany (1990) “Las necesidades de expresión escrita de estos alumnos son básicamente académicas: exámenes, apuntes, trabajos, ensayos”(p.75). La cantidad de trabajos para entregar, eran excesivos, que algunas veces ya no ponía tanta atención a lo que me enseñaban, simplemente me enfocaba en entregar las tareas y no reflexionaba lo que había aprendido.

Algunos maestros eran muy accesibles, me explicaban y daban oportunidades, pero había otros que solo con faltar dos ocasiones me reprobaron y tenía que volver a cursar la materia o si llegaba tarde ya no me dejaban entrar. En ese tiempo, la lectura se hizo parte de mi formación ya que en la clase de filosofía nos dejaban hacer resúmenes sobre lecturas y pidieron leer *Once minutos, El alquimista*. Cassany (1990) nos dice: “Los ejercicios de expresión escrita tienen que estar muy relacionados con el programa de estudios de los alumnos y también los profesores tiene que conocer la materia sobre la que escriben sus alumnos para poder corregir y ayudarles”(p.76). Solo al ver el contenido de las páginas me hacía pensar en que sería interesante la lectura, al ir leyendo

cada página, pude descubrir que existen lugares que con imaginación, parece que estaba presente en cada situación.

Dormía tarde toda la semana y llegando el sábado, era un respiro poder entregar y descansar el domingo que lo dedicaba a la familia. Fue una etapa de sacrificios, ya que había veces que no tenía dinero para ir a la escuela o para comer algo por la tarde, de ahorrar lo más que pudiera para las copias de los libros de la biblioteca que me prestaban. De estar ausente en algunas ocasiones especiales, de darme cuenta que mis hijos estaban creciendo y tenían otras necesidades emocionales. Tenía problemas con Olegario, pero necesitaba estar concentrada en seguir realizando los trabajos y no decaer. Con el apoyo de mis hijos, mamá, hermanas, amigas, logré llegar a la meta y con gran satisfacción y orgullo, terminé el bachillerato con puericultura.

2.4 ¿Y para qué sirven las alas?

Seguía trabajando en Tarbut y con mi amiga Yolanda, nos preparamos para hacer el Ceneval, íbamos a cursos los sábados y presentamos el examen tres meses después, lamentablemente no lo aprobé. Comencé con la idea de seguir estudiando y esperaría a que hubiera oportunidad de cursar la universidad. Un día una compañera del Cetis 10 que ya estaba en la Universidad Pedagógica Unidad 095, ubicada en Polanco, me comentó que si estaba interesada podía mandar mis datos a la maestra Lilian y que ella me llamaría para confirmar. En la noche lo comenté con mi esposo y muy enojado me dijo que otra vez descuidaría la casa y a los niños, que no estaba de acuerdo. Yo estaba muy entusiasmada y decidí que si me llamaban aceptaría. Inmediatamente llamé por teléfono a Ana Laura y le comenté la oportunidad. Ella igual de entusiasmada me dijo que sí, que iría reuniendo la documentación que nos pidieran. Al siguiente día por la tarde recibí la llamada de la maestra Lilian. Me dijo que en ese momento tenía que

confirmar mi asistencia e inmediatamente dije que sí. Me tenía que presentar un jueves a las 4 de la tarde con mis documentos.

Me presenté en la universidad y comenzaron mis clases los días jueves, era un grupo muy grande de compañeras. Nos llamaron “un grupo especial”, ya que se estaba innovando la LEPTIC (Licenciatura en Educación Preescolar con Tecnologías de la Información y la Comunicación). La mayoría trabajaba y era ama de casa. En cada clase, nos presentamos y decíamos un poco sobre nosotros, lo que nos gustaba, que hacíamos y nos explicaban de qué trataría cada asignatura. El primer día de clases me dolió mucho mi cabeza, había recibido mucha información y tenía mucho que investigar y aprender. Había dejado pasar 2 años sin haber utilizado una computadora y eso me causaba angustia.

Algunos maestros exponían su tema y se la pasaban hablando sin preguntar si estaba entendiendo. Dejaban tareas de investigación sobre un tema o tenía que hacer ensayos de cuartillas y era la primera vez que hacía este tipo de trabajos. Me temblaba el cuerpo, me ponía nerviosa. Al comenzar a escribir, tardaba horas en aclarar mis ideas y plasmar lo que se necesitaba. Cassany (1990) nos dice que escribir lleva un proceso, es un instrumento de aprendizaje y que los escritores aprenden sobre lo que escriben (p.77).

Empezar a utilizar la computadora fue indispensable para realizar mis tareas. Utilizaba una plataforma donde tenía que subir tareas a tiempo y al inicio me costó trabajo manejarla. Con ayuda de Paola, (una compañera de clase) poco a poco fui entendiendo, ya que iba hasta su casa para que me capacitara y ¡vaya! que vivía algo lejos.

Cada maestro dejaba temas a investigar. Me daban páginas de internet para buscar, como “Redalyc”, buscaba en google books, o en la semana me iba a la biblioteca de maestros

que está cerca de mi casa a buscar información y les sacaba copias a los libros para poder regresarlos, ya en la noche me sentaba a leer y hacer la tarea. Cassany (1990) sostiene que: “Las fuentes de la escritura son, pues, básicamente bibliográficas: libros, conferencias, apuntes, artículos, etc. De esta forma, la clase de expresión escrita se relaciona muy estrechamente con las disciplinas de contenido de la carrera”(p 77). Me tomaba tiempo investigar, tenía que elegir, entre ir a la biblioteca o buscar en google y después imprimir la información. Ya que todos dormían, me concentraba en leer. Sin ruido, podía entender mejor la lectura y expresar mis ideas con mayor facilidad.

Algunos maestros daban un tema y hacían preguntas para saber que había entendido de lo que nos habían dejado de tarea. Me organizaba en equipo y tenía que exponer los temas en presentaciones de power point. Eran cosas nuevas para mí, manejar con habilidad la computadora, las aplicaciones, buscar opciones por internet para obtener información. Como dice Cassany (1990) “En la primera etapa, el alumno se sumerge en el tema: lee artículos, escucha exposiciones sobre éste, comenta y discute el contenido con sus compañeros y su profesor”(p.78). Poco a poco estaba entendiendo la manera en que se trabajaba y tenía que estar muy atenta en las clases ya que hacían preguntas al azar y al pedir alguna tarea, poner atención a las indicaciones.

Recuerdo al maestro Arturo, me dio la materia de ser docente y al inicio cada uno se presentó, se fijaba muy bien cómo me expresaba. Hacía referencia al argot que se maneja en cada profesión, era muy amena su clase ya que nos daba un tema y cada uno daba sus puntos de vista. En otra etapa de la carrera me dio clase la Doctora Angélica, al verla le comenté a mi amiga Laura que tenía mucho parecido a ella, y al escucharla me atrapó la manera de dirigirse a los alumnos, el modo de expresarse, tratarme, guiarme y escucharme, en su clase tuve el placer de leer el libro *Una mujer desnuda*. La manera

en que expresaba su placer por la lectura, me hacía querer disfrutarla tanto como ella. Como diría Lerner (2001) “El desafío que hoy enfrenta la escuela es el de incorporar a todos los alumnos a la cultura de lo escrito, es el lograr que todos sus ex alumnos lleguen a ser miembros plenos de la comunidad de lectores y escritores” (p.25). Estar cursando la universidad, me hacía pensar que estaba en otro nivel y que tenía que estar abierta a otro tipo de lectura.

El maestro Gerardo era muy divertido, con sus vivencias y la de cada alumno hacía que la clase fuera amena. Al momento de exponer me costaba trabajo, me ponía muy nerviosa y en algunas ocasiones se me olvidaba lo que había estudiado. Una ocasión una de mis amigas se enfermó de la garganta y se quedó sin voz, tuve que decir lo que a ella le tocaba, estaba temblando, teníamos que exponer para nuestra calificación, pero al final todo salió muy bien.

Capítulo 3: Borrón y cuenta nueva

Seguía estudiando en la universidad cuando un día, llegando al trabajo, la directora me dijo que estaban haciendo recorte de personal por falta de presupuesto y que yo era la elegida. Me sorprendió la decisión y me puse triste, pero ya no había nada que hacer. Terminaba el ciclo escolar en Tarbut y comencé a buscar trabajo. Afortunadamente comenzando el nuevo ciclo escolar me hablaron del Colegio Israelita de México y asistí a la entrevista. Ese día había llovido por la noche y estaba algo fresco. Al entrar a la dirección me recibió la maestra Mónica, amable y atenta. Me ofreció algo de tomar, le agradecí y comenzamos la entrevista. Le comenté que había trabajado en Tarbut 7 años y habían hecho recorte de personal, que había trabajado en kínder grande, preprimaria y

en un salón donde hacían todo el material didáctico. Me dijo que había una vacante para preprimaria, me preguntó, si aceptaba el puesto y yo inmediatamente le dije que sí. Ese día me presentaron con la maestra Zagui y me quedé a trabajar con ella. Ya la conocía porque había trabajado en el colegio Tarbut. Comencé a organizarme y a ver su manera de trabajar. Su voz era suave pero firme a la vez, y demasiado exigente. Al paso de los días me sorprendía la manera en que les llamaba la atención a los niños, les gritaba muy fuerte y su mirada era intensa, eso era lo que yo percibía. Cuando me pedía algún material o algo para que trabajaran los niños, trataba de siempre tener todo en orden, pero algunas veces era a su gusto, no se sentía complacida y lo hacía a su modo. Me incomodaba su actitud y un día le pregunté qué había estudiado, me contestó que diseñadora gráfica. Entendí entonces, que no tenía vocación al no tener paciencia y tolerancia con los niños. Pensaba en todas las maestras de la infancia que no me habían tratado con respeto y tolerancia y pensaba en que, si yo estaba ahí, era por algo y que podía poner una semillita de mi parte, para que los niños que estuvieran a mi paso, se quedaran con un buen recuerdo mío.

En casa las cosas con mi esposo no andaban bien, él tomaba demasiado y teníamos muchas discusiones porque seguía estudiando y tenía desconfianza de mí. Trataba de que las cosas cambiaran, sentía que iba contra corriente, que él buscaba otras cosas diferentes a las mías, nuestros intereses eran cada vez menos. Había momentos gratos en los que yo trataba de justificar y sobrellevar las cosas, pero mi tolerancia estaba terminando. Me deprimía, lloraba, me enojaba conmigo misma por no tomar la decisión de dejarlo.

Trataba de cumplir con las obligaciones en mi casa, pasaba por Yael al CENDI, preparaba la comida, ordenaba la casa, por las noches trataba de sacar la información necesaria para no perder tiempo y hacer en la noche lo que siguiera de tarea.

Estar al pendiente de los hijos/as les genera orgullo, del marido seguridad, de la casa y su orden, agrado y placer. La sensación de “lo logré” no importa a costa de que; casi siempre de su cansancio, estrés y auto presiones, más cuando trabajan, para ellas es muy gratificante y las hace sentir con poder (Huerta, 2008, p. 8).

Hacía lo posible para que las cosas fluyeran y que no me dijera nada mi esposo, a pesar de que una pareja se debe apoyar mutuamente y las tareas se deberían haber delegado. Él llegaba tarde del trabajo y la plática que teníamos eran quejas sobre alguno de mis hijos o de cosas que hacían falta en la casa. Nuestra relación se iba deteriorando cada vez más.

En Cuajimalpa había un centro de apoyo a la mujer y, un día, saliendo del trabajo decidí ir a pedir informes, pensaba en que me pudieran ayudar en alguna terapia individual o grupal. Al llegar me hicieron un pequeño test, contesté lo que en realidad me pasaba y cómo me sentía. Después de escucharme, me integraron a una terapia grupal. Estaba contenta, de empezar a tomar cartas en el asunto. Asistía los miércoles, y dejaba a Yael con mi hermana Miriam. La sesión era de dos horas, donde se tocaba un tema y cada una de las podía expresar alguna situación que le hubiese pasado. Era enriquecedor escucharlas y me daba cuenta que algunas estaban en peor situación.

Cuando Yael entró a la primaria, era un niño tranquilo, le ayudaba poco en sus tareas ya que era dedicado y cuando tenía alguna duda le explicaba y entendía muy rápido, muy noble e inteligente, aunque le gustaba platicar y eso causaba conflictos en la escuela ya que se distraía y los maestros le llamaban la atención. Por otra parte, Diego estudiaba la secundaria y era casi diario que me mandaban hablar por alguna queja; tenía mal

comportamiento, no hacía tareas, faltaba al respeto. Ya no sabía qué hacer, sentía algunas veces que todo lo estaba haciendo mal, decepcionada de mi desempeño como madre. Quería dejar la escuela, pero mi mamá y mis hermanas, Ana Laura y Yolanda, me daban ánimos de seguir. Ese año decidí salir de trabajar y estar en casa para estar más presente con Diego y Yael. Los problemas no terminaban, cada vez eran más fuertes las discusiones y la manera de beber de Olegario. Menciona Huerta (2008) que “las mujeres vivimos con la idea de ser las principales responsables del hogar aunque trabajemos fuera de casa” (p.10).

Las veces que asistía a la secundaria con Diego, siempre iba sola, los maestros me preguntaban si era madre soltera y yo con mucha vergüenza les decía que no, que mi esposo trabajaba mucho y no le daba tiempo, justificaba la ausencia de Olegario y eso ya me estaba hartando.

Seguía buscando alternativas para sentirme mejor, encontrando en la lectura un amigo que podía consultar cuando quisiera, que podía encontrar alternativas y me hacían sentir bien con sus consejos. Comencé a leer a Jorge Bucay, *El camino del encuentro, Recuentos para Demián*. Su lectura era fácil, al relatar las historias por medio de fábulas y cuentos, podía relacionar algunas experiencias de mi vida y abrir el panorama para buscar alternativas a mis problemas.

3.1 Retos inesperados

Las cosas fueron de mal en peor, así que decidí comenzar a buscar empleo y seguía en la universidad. Antes de comenzar el nuevo ciclo escolar, pregunté al señor del sindicato que si había un lugar disponible en algún colegio y quedó en que avisaría. Al iniciar las clases me volvieron a hablar del Colegio Israelita de México y entré de inmediato a

preprimaria, solo que ahora tendría que estar asistiendo a dos grupos. Acepté la responsabilidad, aunque sabía que trabajaría el doble, pero necesitaba el dinero y volver a sentirme útil fuera de la casa. Una maestra (maestra) se llamaba Becki y la otra Linda. Becki me hizo recordar a todas mis maestras de vocación, tenía un tono de voz dulce, carismática, alegre, optimista, respetuosa. Sus clases eran amenas, interesantes, divertidas, aprendí mucho de ella, además que me sentía en confianza de preguntar alguna duda sobre la universidad. En cambio, Linda me recordaba a las peores maestras que tuve. Los días se me hacían eternos, me hacía la vida imposible. Me daba la indicación de lo que trabajaríamos con los niños y yo preparaba el material, pero cuando se lo enseñaba, a ella no le gustaba y lo tenía que repetir dos o tres veces, me gritaba y me daba las instrucciones de una manera que no me gustaba, me acusaba que no tenía el material y que no cumplía con sus expectativas. Un día me habló Mónica, la directora, y me preguntó lo que estaba pasando, yo le expliqué, que no me era posible cubrir a los dos grupos y que Linda era una maestra muy demandante, que los modos de pedir las cosas no me gustaban y que si el próximo ciclo escolar me dejaba con ella yo renunciaba. Ya no me sentía a gusto. En las mañanas de camino al trabajo, subía al autobús y cuando había oportunidad de sentarme, sacaba un libro para leer un poco, sentía que mi mente estaba fresca y captaba bien la lectura. Mi sobrina Andrea había hecho buenos comentarios de *Ana Frank*. Al elegirlo pensaba que era irónico que una maestra judía tratara mal a otra persona, si sus antepasados habían vivido una situación de discriminación. Al comenzar a leerlo, me sentí muy identificada con Ana, una niña que comenzaba a vivir y, de pronto, cambia su vida. A pesar de estar encerrada, sentía la necesidad de aprender y enamorarse. El ser valiente al tener que vivir en cautiverio y conformarse con la poca comida que le ofrecían sus padres y la esperanza de que todo cambiara algún día.

Fue una etapa de muchos altibajos, en el trabajo las cosas estaban tensas por la mala comunicación que tenía con Linda, ya quería que terminara el ciclo escolar. En casa, me sentía confundida con la educación que les estaba dando a mis hijos y el mal ejemplo que daba al pelear tanto con su papá. En la universidad, exigirme también cumplir con los trabajos. En los recesos que teníamos, podía platicar con mis amigas de cómo me sentía, y ellas de igual manera, era como ir a terapia, aprendía de ellas y de sus consejos. Me alentaban a que todo estaría bien y que mis hijos eran buenos, solo que tenía que platicar y acercarme más a ellos, poner más reglas en casa y tomar decisiones. Cada etapa de mi vida me ha dejado experiencias buenas y malas. Ahora entiendo que de todo lo malo que nos pasa también se aprende.

Cuando estaba en el último cuatrimestre de la carrera, nos ofrecieron un paquete de fotografía y reconocimiento. Y de inmediato pensé en mis hijos, mamá, hermanas, amigas. No lo podía creer, estaba a punto de terminar algo que me había costado esfuerzo, lágrimas, desvelos, pero también muchas satisfacciones y orgullo. Me sentía agradecida con Dios por haberme mantenido en la batalla y no desistir.

Un veinticuatro de diciembre, me di cuenta por el celular, que mi esposo me era infiel. No sabía cómo reaccionar ni qué decir y me quedé callada. Solamente recuerdo que desde ese día me sentí muy fortalecida para tomar la decisión de separarme de él y ya no permitir más faltas de respeto.

Decidí salir de viaje con mi hijo Yael, mi mamá y hermanas un 28 de diciembre, y en la noche del 31, les dije que había tomado la decisión de divorciarme. Al llegar de viaje, hablé con Olegario. Él no estaba de acuerdo y me amenazó, ya no me importaba el qué

dirán, lo que quería era estar sola con mis hijos. Comencé los trámites de divorcio y nos separamos, él se fue a casa de su mamá y yo me quedé con mis hijos donde vivíamos.

En nuestro país las mujeres siguen o seguimos asumiendo muchos roles que por siglos se nos han asignado. Somos las principales encargadas del trabajo en el hogar, del cuidado de los hijos/as, de los adultos mayores, de la casa y su buen funcionamiento (Huerta, 2008, p. 6).

Comenzaría una nueva etapa, donde tendría la responsabilidad de cuidar y orientar a mis hijos. Era un gran reto que estaba dispuesta a afrontar, con todas las consecuencias.

Ahora más que nunca tenía que cuidar mi trabajo y seguir estudiando para terminar con la tesis. Seguía asistiendo a la universidad a que me orientaran. El doctor Nicolás fue mi lector y cada semana nos reuníamos. El tema que había elegido estaba relacionado con la educación emocional. Era una buena oportunidad poder hacer un proyecto relacionado con algo relacionado con mi historia personal. Comencé a leer artículos de Redalyc, *Inteligencia Emocional*, de Daniel Goleman, o *Conciencia Emocional*, de Mariano González.

Lamentablemente mi estado emocional no iba nada bien, me empecé a sentir demasiado ansiosa al tener la responsabilidad de educar yo sola a mis dos hijos. La estabilidad económica no fue la misma ya que ahora yo llevaba todos los gastos de la casa, me sentía presionada, me pasaba las noches pensando en que haría para salir adelante y que no les faltara lo necesario a mis hijos. Mi mamá y hermanas hablaban conmigo y me brindaban su apoyo, me decían que no estaba sola, que siempre estarían conmigo y me ayudarían.

Eso me hacía sentir aliviada, pero, aun así, preferí dejar la escuela y dedicarme a mis hijos y al trabajo.

3.2 Retomando el camino a la felicidad.

Poco a poco empecé a sentirme más tranquila y segura. Mi amiga Yolanda seguía trabajando en su tesis y me hablaba por teléfono para animarme a continuar. Con Ana Laura seguía teniendo constante comunicación y comentamos que teníamos que regresar a la escuela a terminar lo que habíamos dejado pendiente. La universidad cambió de dirección hasta Vallejo. Un día Rocío me mandó un mensaje invitándome a un taller para titulación y le confirmé la asistencia. Habían ya empezado dos clases a las cuales solo asistieron Rocío y Ana Laura. El primer día llegué corriendo, ya que es mucha distancia de camino. Estaba nerviosa, pero también con muchas ilusiones de comenzar. Me recibió el Dr. Eduardo muy amable, durante la clase me fue explicando la manera en que trabajaríamos. Estuve de acuerdo, tenía mucho que escribir para la siguiente sesión y para los sábados. También la Dra. Angélica checaría el trabajo. Al tiempo que comenzaba a escribir, venían recuerdos que movían mis emociones, mi niñez, que fue divertida, pero me sentía tan sola a la vez, en la adolescencia, donde iba descubriendo el mundo; el ser madre tan joven, formar un hogar con alguien y pensar que toda la vida estaríamos juntos, retomar mis estudios, trabajar con niños, estudiar la universidad. Reflexiono sobre mi vida y creo que siempre tuve el deseo de salir adelante, de ser mejor persona, la vida me ha puesto pruebas difíciles y he tomado lo positivo de cada situación. Un sábado que íbamos terminando la sesión, la Dra. Angélica nos comentó que para la siguiente semana iría una escritora y amiga a una presentación de sus libros. Los temas serían de nuestro interés, ya que nosotras teníamos que aprender a redactar y saber manejar las formas de un diálogo. El sábado muy temprano me levante con la mejor

disposición de asistir a la presentación, me parecía algo muy interesante y nunca había vivido esa experiencia.

Al llegar noté que ya habían empezado y la escritora al frente estaba leyendo uno de sus libros. Me senté en una de las sillas de la parte de atrás, había alumnos de la maestría y todos estaban muy atentos a la lectura. La escritora leyó una parte de algunos de sus libros, los asistentes, reían y se notaban pensativos. A mí por ejemplo, me dieron muchas ganas de llorar, al escucharla, me estaba imaginando que yo era la protagonista y estaba expresando mi profundo amor a otra persona. Solamente saqué un kleenex y sequé mis lágrimas, escuchando detenidamente. Había recesos donde podíamos adquirir algún libro. Rocío, Ana Laura y yo nos formamos y apenas dio tiempo que la escritora autografiara nuestros libros. Realizó una actividad donde podíamos hacer un diálogo sobre temas concretos que ella expuso. Al expresarlos, algunos compañeros demostraron gran creatividad escribiendo. Fue divertido y a la vez fue otra experiencia. Casi al finalizar, la escritora comenzó a hablar sobre su carrera y sus inicios; dijo su nombre completo y que en algún momento había sido ¡maestra de educación física! Mi mente empezó a trabajar, me quede escuchando su voz, ahora era más suave y con justa razón su nombre me sonaba. No lo podía creer, ¡era mi querida maestra de primaria!, aquella que me hizo sentir calor de hogar, un apoyo, un vínculo, aquella por la cual me encantaba asistir a la escuela, por la que me empezó a gustar el deporte. No lo podía creer, era increíble, me sentía muy feliz de volver a verla, pero no podía hablar. Estaba en un mar de lágrimas de emoción. Ros y Ana Laura me miraron y preguntaron qué me pasaba, les dije que era la maestra de la cual yo hablaba en mi escrito. Estaban tan sorprendidas como yo. Algunos dieron agradecimientos por micrófono, ellas me decían que yo hablara, pero mi emoción, no me permitía expresarme. Ya que se estaban

retirando, me acerqué a ella, le toqué el hombro y le pregunté si se acordaba de mí. Me preguntó cuál era mi apellido y le dije

–Laura Arzate Loyola, asistía a la escuela Kalpilli en la Colonia Cuajimalpa–.

Se quedó mirándome e igualmente emocionada me contestó:

–¡Claro que te recuerdo!, ¿tu mamá, tus hermanas, cómo están?- Se levantó de la silla y nos dimos un fuerte abrazo.

–Mis hermanas están bien, todas ya se casaron, mi mamá está bien, tiene poco que se jubiló y está más tranquila en casa–. Contesté con gran alegría.

–Me da mucho gusto verte, ya me hiciste llorar, al recordar esa etapa de mi vida–. Contestó llena de lágrimas en los ojos.

Me preguntó si había comprado algún libro y le contesté que sí y me pidió que se lo llevara. Lo abrió en la primera hoja y comenzó a escribir. La dedicatoria fue emotiva. Intercambiamos teléfonos y nos despedimos con un fuerte abrazo y nos deseamos lo mejor. Seguiríamos en contacto. Los demás se quedaron observando la escena y después les expresé mi sentir, ellas estaban igual de contentas como yo. No paraba de llorar, tenía sentimientos encontrados, estuve en la recepción de la universidad platicando lo importante que fue para mí haber tenido una maestra como ella. Ros y Ana Laura solamente me observaban y escuchaban, y yo me sentía muy agradecida con la vida por darme este gran regalo. Al llegar a casa les platicué a mis hijos; mi mamá y hermanas, estaban igualmente sorprendidas y alegres por aquel encuentro. Me preguntaron cómo estaba, si había cambiado, que les daba mucho gusto volver a saber de ella y que les

sorprendía que ahora se dedicara a ser escritora, que hubiera escrito tantos libros, y que fuera premiada por su gremio. Comenzamos a contar anécdotas de nuestra infancia en la escuela, todo lo que había hecho por nosotras aquella maestra, su cariño incondicional, su entusiasmo, sus ganas de ser mejor, de apoyo y siempre hacer cosas distintas, estábamos todas alegres y a la vez con una gran nostalgia. Comencé a leer el libro que me dedicó, *De mujer La Hoguera Cuentos*, escrito por este ser maravilloso, Queta Navagómez. Es un libro con pocas páginas, pero con gran aprendizaje, en el cual relata historias de mujeres sobre la vida cotidiana. Con picardía, sensualidad, delicadeza, amor, coraje. Expresa sus sentimientos, haciéndome leer una y otra página continuamente.

3.3 Aprendiendo cada instante

Empezaba mi segundo año trabajando en el Colegio Israelita y me enteré de una mala noticia, habían despedido a Becki, la maestra que tanto me había apoyado cuando entré a trabajar. Se despidió de mí y me dijo que me dejaba en buenas manos, que trabajaría con la maestra Alejandra en kínder chico, que no le tuviera miedo, que era buena persona y una excelente maestra. Yo había escuchado y visto que trataba mal a sus asistentes, me sentía temerosa, pero a la vez segura de que mi desempeño era bueno.

Era una mujer que me imponía con su presencia, era de carácter fuerte y cuando no le parecía algo lo decía abiertamente, no tenía pelos en la lengua, como se dice coloquialmente. Me dijo su manera de trabajar y me acoplé a ella de inmediato, era organizada y eso me ayudaba a tener las cosas a tiempo. Con los niños era autoritaria, les hablaba en un tono fuerte cuando no le hacían caso y ellos se le quedaban viendo e inmediatamente le hacían caso o cuando no sabían hacer algún trabajo les llamaba la atención delante de los demás y los hacía sentir mal, la observaban con carita de temor

y esto me causaba incomodidad al escucharla gritar y verlos como hasta querían llorar. En estos casos me daba cuenta que no era la manera de corregirlos, como mencionan Colom y Froufe (2001): “Algunos alumnos viven como una amenaza que constantemente se les bombardee con conocimientos que no comprenden” (p.3). No me gustaba la manera en que les hablaba, recordaba mi infancia y a las maestras que actuaron de la misma manera. Era lo contrario de lo que yo trataba de hacer con mi trabajo, ser amorosa y comprensiva con ellos.

Les cantaba todos los días y a la hora de la comida ponía música, a veces relajante o de María Elena Walsh. Los niños se emocionaban, les gustaba, algunos ya se sabían las canciones y otros se las aprendían. Me parecía amena la clase cuando había música, me sentía a gusto, organizar el trabajo me ayudaba a tener todo bajo control.

Con la Mora Nicole, era distinto, le gustaba platicar con ellos, les hacía preguntas de cómo se sentían durante el día o cuando pasaba algún problema con sus compañeros. Tenía mucha vitalidad y jugaba con ellos, una parte importante para crear una buena comunicación. Al respecto Colom y Froufe (2001) afirman que: “Cuando el maestro se siente bien consigo mismo, está más dispuesto a aceptar, tolerar, ser paciente, comprensivo. Ello favorece que los alumnos se sientan aceptados, aprobados, seguros, relajados” (p.4). Era un ambiente de tranquilidad, aceptación y los niños podían expresarse libremente, sin temor a que los regañara por cometer un error, gritándoles o poniéndolos en evidencia delante de todos.

Los niños jugaban más tiempo, cuando no tenían clases extras los dejaba en un espacio que le llaman la casita. En ella hay juguetes como cocina, muñecas, escobas, recogedores, material de construcción de madera y plástico, ellos se sentían libres y se

les iba el tiempo, a algunos les gustaba construir, a otros jugar a la mamá y a los hijos, la maestra, los notaba alegres y divertidos. Fue una etapa que disfruté, ya que aprendí que es importante el juego para que ellos expresen sus inquietudes libremente.

Trabajar con diferentes maestras cada ciclo escolar y ver a esos niños con otras necesidades, me ha hecho querer más lo que hago y poder desempeñar lo mejor posible mi trabajo. Sé que esto no termina, que hay que estar siempre en capacitaciones para brindar un mejor desempeño y sobre todo la atención, cuidados, que los niños necesitan en la etapa de preescolar. Por consiguiente, pensar en la manera que expreso mis emociones es una pieza fundamental, ya que los niños todo lo perciben. Colom y Froufe (2001) mencionan que debemos crear ambientes de respeto ya que “ello creará ambientes positivos y de aprendizaje” (p. 2). Que exista la sensación de llegar al salón y que los niños puedan sentirse cómodos, acompañados, escuchados, queridos.

En el colegio se trabajaba por proyectos, acompañado de las festividades judías y las fechas conmemorativas en el calendario escolar. Hay una biblioteca grande y acondicionada para que los niños puedan ver en un proyector los cuentos que se presentan en las clases. Se pueden encontrar desde libros para niños de maternal, hasta preescolar. Cada martes elegían un libro para llevarse a sus casas y que lo leyeran con sus padres. A ellos les gustaba escogerlo y se lo llevaban muy emocionados. El libro tiene una hoja en la parte de atrás para poner que tanto les había gustado y si era recomendable para ellos. Poder contar con una biblioteca en la escuela favorece la lectura e investigación en los distintos materiales que se presenten: “Las bibliotecas escolares contribuyen a la enseñanza, el aprendizaje, la socialización del conocimientos y la promoción de prácticas culturales relacionadas con el libro, la lectura y la escritura”

(SEP, 2017, p. 132). En cada clase había un espacio donde se colocan los libros y en algún momento del día pudieran los niños escoger y leer lo que ellos quisieran.

Todas las mañanas los niños llegaban en transporte escolar, las auxiliares los recibíamos con un saludo y un abrazo, y preguntaba cómo se sentían. Algunos días, llegaban de diferente humor, tristes, enojados, cansados, alegres, pensativos, preocupados. Me daba cuenta de lo importante que era poner atención a sus emociones. Al preguntarles, algunos contestaban lo que les había sucedido en casa o durante el camino. Al momento que me ponía en cuclillas para escucharlos, ellos comenzaban a platicar sus inquietudes. Al respecto Colom y Froufe (2001) confirman que: “Respetar las emociones de sus alumnos es algo que el profesor debe cuidar especialmente, preguntándoles abiertamente por ellas. También sería por validarlas, aceptarlas, comprenderlas, mostrar empatía, cuidar y preocuparse por ellas” (p. 4). Trato que haya un ambiente de cordialidad y respeto, para que los niños se sientan seguros.

En una ocasión una niña llegó llorando, al recibirla le pregunté al prefecto que le había pasado, ella contestó que lloraba cuando le quitaban un libro. Lo comenté con la directora y ella volvió a dar la indicación que lo tuviera durante el horario de clases. Otro caso fue el de un niño, por las mañanas llegaba serio, le hablaba y no sonreía. Al comentarlo con la maestra, ella me comentó que su mamá estaba muy grave, ya que tenía cáncer. Los días pasaban y el niño seguía de mal en peor con su conducta. Les quitaba el lunch a los niños, les pegaba, peleaba durante el recreo. Al poco tiempo su mamá murió, el niño llegaba más serio de lo normal, no platicaba, no jugaba con los compañeros. Cuando llegaba por las mañanas lo abrazaba como siempre y le preguntaba cómo se sentía, se dejaba abrazar y le decía que si necesitaba algo yo estaría al pendiente de él. En el programa de la SEP (2017) se menciona que: “Poder dialogar acerca de los estados emocionales, identificarlos en uno mismo y en los demás y reconocer sus causas

y efectos, ayuda a los estudiantes a conducirse de manera más efectiva” (p. 303). La convivencia para identificar los estados de ánimo de los alumnos es esencial para que exista un vínculo y puedan expresar sus emociones con más confianza.

En algunas ocasiones la maestra Tania, me dejaba a cargo del grupo, iban llegando al salón y los recibía con un saludo, un abrazo y un beso, observaba su semblante para notar algo fuera de lo normal y les pedía que pusieran las mochilas en su casillero. Podían tomar algún material didáctico en lo que llegaban los demás compañeros, cuando notaba que había llegado la mayoría, los sentaba en un círculo de sillas y comenzábamos el orden del día. Dicen las clases que van a tener, el día, el mes, el año. Tengo una lista donde elijo los ayudantes del día, les emociona y les gusta ayudar a poner la mesa cuando comen, limpiar las mesas cuando terminan, repartir material, barrer. En todo momento trataba de fomentar en los niños el pedir las cosas por favor y decir gracias. Tienen un horario de comida, yo tengo que bajar a la cocina y subirla, les mandan fruta o verdura y algo de comida. Se forman todos a lavar sus manos, van por su mantel, por su silla y se van sentando en las mesas. Al comenzar la maestra comienza con una canción:

La mesa ya está puesta

Y todo en su lugar,

Decimos buen provecho

Y podemos comenzar.

Iban pasando por mesa a que les sirviera la comida, algunos niños les costaba trabajo pedir las cosas, y yo les decía cómo tenían que pedir las cosas. Por ejemplo: Isaac era un niño

que hablaba muy poco, las cosas las pedía por señas o con gemidos, comenzaba a pedirle que repitiera lo que él necesitaba.

–Lau, me sirves sopa por favor, me das papel, me das permiso, gracias, por favor–

Al terminar, hay varios botes de basura, lo que sobra lo tiran en bote que corresponde y ponen plato y cucharas en el lavabo. Dejaba una jarrita de agua con el vaso de cada niño para que tomaran el cualquier momento del día.

Cuando estaban trabajando en las mesas, les pedía que pusieran su nombre en el trabajo, algunos me pedían ayuda, yo les escribía el nombre en una hoja y ellos la copiaban o les iba deletreando el nombre con el sonido de cada letra. Tienen un libro de matemáticas, hacen actividades en una charola con arena, plastilina, espuma para rasurar, donde trazan los números y las letras. Tienen tiempo para tomar algún material didáctico de las áreas de matemáticas, lectoescritura, para hacer patrones con figuras geométricas.

Hay un programa de lecturas llamado *PJ library*. Está diseñado para niños de tres a cinco años. Los libros tratan sobre valores y tradiciones judías. Dependiendo de la festividad cercana, se les mandan a sus casas dos libros por tema. Antes de mandarlo, la maestra lo lee a los alumnos para que lleven una idea de lo que trata y relacionarlo con la festividad y valores que se presentan en la lectura. Les emociona llevar libros a sus casas, piensan en la persona que les contará la historia, como su papá o mamá y ellos puedan ayudar a contarla con el previo conocimiento de la misma. La experiencia que tienen después de que les leen el libro es gratificante. Empiezan a interesarse por la lectura, ya que son libros ilustrados y con algún mensaje.

Cuando es momento de tomar un libro del salón, ellos se acercan al mueble y toman el libro, se sientan en una silla o en el piso y comienzan a hojearlo y a leer las imágenes, algunos comienzan a identificar las letras y las dicen. Platican la historia basándose en lo que están viendo algunos invitan a sus amigos a compartirlo. Unos eligen los libros informativos, con esos los niños se reúnen entre amigos y cada uno da su punto de vista sobre lo que sabe. Exponen sobre lo que sus padres les han enseñado. Si es un libro informativo, observan las imágenes y se hacen preguntas, es un momento donde he podido observar que les causa mucho interés y a la vez tienen un intercambio de ideas y de emociones. Esto ayuda a lograr lo que el programa de la SEP señala: “La educación puede ser transformadora y contribuir a un futuro sostenible para todos” (2017, p.303). Tener la disponibilidad de materiales en los salones, capacitaciones continuas de expertos, para poder ayudar a los alumnos, no solamente en lo cognitivo, también en lo emocional.

Se llegó un fin de semana largo, ya que se acercaba puente el día lunes y no trabajaríamos hasta el martes. Se escuchaba en las noticias de un virus, donde los síntomas eran graves. En las noticias nacionales, se decía que había casos en diferentes estados de la república. Cuál va siendo mi sorpresa, que dieron un comunicado por correo para suspender labores. Todas las escuelas de la comunidad judía dejaríamos de laborar. Para el viernes de esa semana informaba la SEP que cerrarían todos los planteles escolares hasta nuevo aviso. Y así comenzó la cuarentena.

Pasaba el tiempo y no se veía para cuando regresar a trabajar. La directora Edith me había preguntado sobre mis estudios y yo le comenté que estaba en proceso de titularme. Me comentó que para el próximo ciclo escolar querían contratar a dos educadoras, que habían visto mi desempeño durante todo el tiempo trabajando, sabía que estaba

estudiando y que me habían propuesto para ocupar un lugar. Me sentí feliz, aunque sentía una gran responsabilidad, ya que ahora tenía que terminar el compromiso de titularme. No lo comenté con nadie, no quería que fuera un sueño y que al platicarlo después me dijeran que siempre no. Solo puse más empeño en escribir y dedicarme a terminar. No sabía si se iba a hacer realidad. Tania, la última mora con la que trabajé, me hablaba para saber cómo estaba la familia y que todas las maestras habían empezado clases por línea, por medio de zoom. Me mandó una foto del lugar que acondicionó como su salón de clase y me contó sobre las actividades que hacía con los niños, aunque decía que era complicada esta forma de trabajar. Me hacía preguntas sobre mi proyecto y le comentaba que estaba trabajando en ello. Me alentaba y siempre me apoyaba en las dudas que tuviera, es otra persona importante en esta etapa de mi vida, ya que sin esperar nada a cambio, compartía sus saberes, era comprensiva cuando platicamos sobre algún tema personal, confiaba plenamente en mi capacidad para hacer las cosas y siempre con una actitud positiva ante la vida. Al terminar el ciclo, me llamó y me agradeció el compartir y haber trabajado juntas, me dijo que ella estaría para apoyarme siempre en lo que pudiera y que no dudara en buscarla, que me había propuesto para ocupar un lugar en preprimaria, apenas le agradecí su apoyo y me despedí de ella.

Una mañana de agosto, sonó mi celular y al levantarlo me di cuenta que era la directora Edith, me sorprendió y me sentía alarmada, por pensar que fuera un despido. Comenzó a preguntarme sobre la escuela y me hizo la propuesta formal. ¿Si quería trabajar como educadora en el siguiente ciclo escolar? Inmediatamente le dije que sí. Con un miedo que invadía todo mi cuerpo, me temblaban las piernas y mi voz. Me dijo que estaríamos en contacto para hacer los cambios necesarios y acepté. Al colgar, comencé a llorar de felicidad, ¡por fin la vida me había dado la oportunidad que esperaba! Era un nuevo reto y que estaba dispuesta a enfrentarlo a pesar del miedo que sentía.

No dije nada a nadie hasta no ser una noticia segura. Iniciando las clases por línea, me hablaron de recursos humanos, era un hecho. Trabajaría como educadora y tendría que estar en capacitaciones con las morot (maestras).

Me dieron las indicaciones para entrar a capacitaciones, ya que se estaban dando por zoom. Me sentía nerviosa al recibir tanta información desconocida, usar aplicaciones, manejar mejor la computadora. Pasaron los días y me dijeron que apoyaría a tres maestras, dividieron a los niños en grupos de seis, otros de cinco, serian clases opcionales. Me dieron mi horario para empezar un lunes. El primer día entró conmigo la psicóloga del kínder y la subdirectora para que yo observara cómo guiar a los niños. Estaba acostumbrada a estar con ellos en clases presenciales y esta opción me daba un poco de nervios. Compartimos las clases y me dijeron que estaba lista para estar yo sola. Repasé la clase para estar preparada, me sentía emocionada, había trabajado en clases de inglés con los niños que me habían asignado, eso me daba un poco de tranquilidad.

Empecé el lunes muy temprano, con actividades de pensamiento matemático, el miércoles lectoescritura y viernes grafo motricidad. Hay un grupo que es participativo. Los niños entran entusiasmados y realizan las actividades que les propongo. Con ellos estuve trabajando en kínder grande y tenemos buena comunicación. Me conocen, saben mi nombre y trato de que sea amena la clase, sin presiones o estar de mal humor. En este sentido me parece importante mencionar lo que opinan Colom y Froufe (2001): “Antes de intentar ser comprendido, el profesor debe mostrarse comprensivo y empático y debe enseñar y modelar esas características en la interacción humana” (p.6). Cuando comienzo el día para dar la clase, me concentro en la actividad que voy a realizar, en la actitud que proyecto los niños, me olvido que estoy en casa y dejo los pendientes aún lado, para que los niños me perciban tranquila y empática.

Hay niños de otros grupos que les cuesta trabajo esta modalidad. Están distraídos, juegan, hablan y sus padres los regañan y los presionan para que pongan atención, esto me incomoda, pero trato de calmar al niño hablándole y platicando con él. Hubo una ocasión que comenzaba la clase y la mamá dejó al alumno en el zoom mientras cargaba al bebé que lloraba sin parar. Le habló a su esposo para que ayudara al alumno y el papá furioso se levantó y comenzó a pelear con su esposa, el alumno se quedó escuchando a sus padres y después se mostraba enojado y desinteresado por la clase, yo trataba de llamar su atención, pero no era suficiente. Los padres peleaban sin darse cuenta que estaba el micrófono activado, tuve la prudencia de desactivarlo y seguí la clase con los demás alumnos, hasta que se logró integrar tiempo después más tranquilo. Fue un momento difícil de sobrellevar. Es por eso que me parece importante mencionar que se debe lograr una buena comunicación con el alumno para ayudarlo cuando lo necesite. Colom y Froufe (2001) proponen al respecto que: “El profesor debe potenciar que los alumnos se pregunten activamente como se sienten y qué podría ayudar a mejorar” (p.4). Podría ser una manera de empezar a que los alumnos sientan sus emociones, las nombren y puedan canalizarlas con mejor control, así como sentirse comprendidos y escuchados por mí.

Por el contrario, Alan es puntual, al iniciar nos saludamos con una gran sonrisa, le gusta platicar sobre lo que hace en casa y todas las sesiones está acompañado, ya sea de su papá, mamá o tía. Es respetuoso y cooperativo con las actividades, sonrío de cualquier cosa y hace bromas. Esto me motiva a dar las clases con entusiasmo y darme cuenta que el acompañamiento sano de los padres es importante en el proceso de aprendizaje. Me doy cuenta que cuando los padres están en armonía, los hijos lo proyectan positivamente, son alegres, seguros al expresar sus ideas y emociones como tristeza, enojo, alegría.

Cuando hago estas comparaciones, trato de reflexionar sobre mi niñez y cómo fue que la vida me guio hasta llegar a trabajar con niños. Entonces pienso en esa niña pequeña, frágil y solitaria que en un momento necesitaba apoyo, que la escucharan y dieran consejos y que es la oportunidad de hacer sentir a los niños que no están solos, que yo voy a estar ahí para ayudarlos en lo que yo pueda y también darles cariño y respeto.

En este momento, las clases por zoom se han hecho ya parte de la vida y los niños se están acostumbrando a tomar las clases por este medio. Me han asignado otro grupo de kínder grande que son niños de cuatro a cinco años, con la mora Tania, con la cual ya había tenido oportunidad de trabajar el ciclo pasado. Fue un gusto para mí, las clases van a ser solo de grafomotricidad (grafo, escritura-motriz, movimiento) un solo día a la semana. Me sentí un poco nerviosa, pero inicié las clases. Hay pocos alumnos, pero lo tomo como un aprendizaje.

Algunos momentos me he sentido desmotivada, triste, solitaria, trato de comprender el por qué me siento así. Lo que me hace acercarme a la lectura y comencé el libro de *La Maestría del Amor*, de Miguel Ruiz. Disfrutaba cada página, ya que muestra cómo hemos aprendido a valorarnos, amarnos y la manera en que podemos reaprender a cambiar ideas aprendidas de generaciones atrás.

En esta pandemia, hasta el momento, de la familia se ha contagiado mi hermana Fabi, mi sobrina Andrea y mi hijo Diego. Son situaciones difíciles, ya que me ponía a pensar que no fueran a ponerse graves hasta llevarlos a un hospital. Han estado en reposo, con los cuidados necesarios, pero no estamos bien librados los demás.

4. Conclusiones: un granito de arena

Hace 16 años comencé a trabajar en un jardín de niños y fui descubriendo que estaba entrando en un mundo de ternura, risas, alegrías y tristezas, cosas que los niños expresan todos los días. Me siento muy afortunada por la oportunidad que me han dado en este ciclo escolar, de ejercer como educadora en el Colegio Israelita de México. Es un gran compromiso y admiración a esta gran labor.

En este recorrido, agradezco a la vida y pienso en aquellas maestras que me formaron, que estuvieron a mi lado, brindándome su cariño, comprensión y conocimientos. En preescolar y primero de primaria cuando llegaban al salón de clase con una sonrisa y entusiasmo para enseñarme a leer, escribir, cantar y bailar. Tenían vitalidad, pasión hacia su profesión, eran generosas, mostraban empatía como la maestra Enriqueta, con la cual me sentía apoyada y comprendida. Muchas de esas maestras con las que he trabajado estos años tenían gran iniciativa, imaginación, la alegría que proyectan y la tolerancia. En mi maestra Angélica, que en la universidad me enseñó el amor a la lectura, por su manera de leer un libro y la pasión con la que lo hace.

No quisiera dejar a un lado a las maestras que fueron estrictas, poco tolerantes, hirieron mis sentimientos, me hicieron sentir como una mala estudiante, bajaron mi autoestima con sus comentarios y me dejaron en ridículo frente a mis compañeros. A las que en el trabajo, abusaban de su autoridad para gritarme y hacer menos mi labor. También han sido una pieza indispensable en mi vida, porque me queda claro que no quiero repetir estas conductas con mis alumnos. Estas mujeres, han forjado la docente que soy, me quedo con lo mejor de cada una y doy gracias por todo lo aprendido, ahora me toca a mí crear una nueva historia con mis alumnos.

Otras mujeres importantes que han formado parte de mi vida, han sido mi abue Carmen, que por medio de sus acciones me demostró y enseñó su manera de ver la vida, con una actitud positiva, siempre haciendo el bien sin mirar a quién, de muchas maneras manifestaba su amor a la familia y a los demás. Mi mamá aprendió sus pasos, al ser una mujer amorosa, responsable y entregada a su trabajo y a su familia, a proveernos de lo necesario, apoyar incondicionalmente a cualquier persona que lo necesite y esté en sus manos. A mis queridas hermanas que, durante el camino, tuvimos muchas carencias emocionales y que cada una supo salir adelante y a pesar de las adversidades, me apoyaron cuando lo he necesitado, me dan consejos y apoyo en todos los sentidos, mujeres valientes, responsables y trabajadoras, amorosas con sus hijos.

Mis hijos forman parte importante en este escrito, ya que me han acompañado en este proceso y siempre me alentaron a seguir adelante, con su amor, apoyo y comprensión. Y de alguna manera al darse cuenta del camino recorrido, valoran y los motiva a saber que a cualquier edad, pueden lograr sus sueños si se lo proponen.

Y por último me gustaría mencionar a todas las amistades que con su apoyo, cariño, comprensión, seguí en el camino y no me rendí, que al igual que ellas compartimos momentos felices y tristes y que a pesar de eso, decidí seguir luchando por mis sueños hasta el final. Sé que esto no termina, que hay un mundo por descubrir, pero estoy dispuesta a seguir aprendiendo y me quedo con lo mejor de cada una de las personas, que han pasado por mi vida.

Es algo gratificante para mí escribir esta autobiografía, porque de alguna manera puedo expresar mis sentimientos, convivir con los niños de una forma distinta a la que yo

aprendía relacionarme de pequeña. Retomo la parte de esa niña que se sentía sola, tímida, alejada de los demás y puedo hacer algo al respecto para sanar viejas heridas.

Me gustaría aprender a tener esa magia que tuvieron varias de mis maestras, que con gran dedicación hacían que cada día lo disfrutara y aprendiera de una manera divertida y a la vez simple, con sus explicaciones y su buena actitud. Que cada uno de mis alumnos vea en mí a una persona en la cual pueda confiar y sentirse seguro de que podemos intentar las cosas una y otra vez sin reproches o malos tratos. Menciona el programa de la SEP (2017) que: “El lenguaje se relaciona con el desarrollo emocional y cognitivo porque, en un sentido positivo, permite adquirir mayor confianza y seguridad en sí mismos” (p.189). Con empeño y dedicación, implementar propuestas de actividades en las cuales los niños expresen sus sentimientos.

Entiendo ahora que la lectura abre panoramas de mundos increíbles, acontecimientos, lugares inimaginables, personas, situaciones, cada libro que he tenido el placer de leer ha dejado en mí bellos recuerdos y otra manera de aprender sobre la vida. Y es por tantos motivos que me gustaría fomentar por medio de la lectura la empatía en los niños, ya que al observarlos en el aula cuando toman un libro, lo miran con tanto interés, interpretando las imágenes y los que ya saben leer, deletrean la lectura, es enriquecedora para ellos, se nota que lo disfrutaban al compartirlo con los demás, sus intereses, inquietudes, tienen una continua interacción con sus compañeros al compartir lo que les llama la atención a cada uno.

Son un sin fin de cosas que tengo que agradecer a Dios, cada mañana al despertar tener salud, a mi familia con bien, un trabajo en donde soy feliz, ver a mis hijos trabando en su autonomía, valoro cada espacio recorrido y cada experiencia, las decisiones que he tomado en cada momento ya que han sido de acuerdo al nivel de conciencia de cada etapa de mi vida.

En las noches de insomnio me pregunto, ¿Qué puedo hacer para hacerme sentir mejor?, ¿Qué puedo darme?, ¿Qué necesito yo?, ¿Qué más te gustaría hacer? Entonces pienso en el compromiso de sanar mis heridas emocionales, estar en paz conmigo misma, cuidar de mi niña interior, despidiéndome con gratitud de mi pasado. Por otro lado avanzar hacia nuevos retos académicos, decía el maestro Arturo en la universidad que: “El conocimiento es poder” considero que soy una persona que disfruta descubrir cosas nuevas, aprender. Me encantaría estudiar una maestría sobre psicología o psicología educativa. Me llama la atención poder ayudar y apoyar a los demás, dificultades que se presentan debido a su contexto. Recuerdo la etapa de secundaria de mis hijos, cuando me llamaban continuamente debido al mal comportamiento o travesuras que hacían. Y la orientadora o psicóloga, platicaba con ellos de un modo tranquilo para que ellos se sintieran seguros, tranquilos, en confianza de poder platicar sus inquietudes. Pude observar que tienen un papel indispensable en la escuela, ya que se puede ayudar a los alumnos y padres desde otra perspectiva.

La vida me ha llevado por muchos caminos, algunos felices, otros tristes, pero de cada uno he aprendido a salir fortalecida y seguir adelante, me doy cuenta que debemos de buscar alternativas a los problemas y disfrutar la vida a cada momento, ya que se nos va cuando menos lo esperamos.

En cada una de estas páginas, pude expresar sentimientos y emociones que guardé durante mucho tiempo, que pensé ya había olvidado. Cuando escribía, brotaban de mis ojos lágrimas de tristeza por todas las pérdidas que he tenido y de alegría por todos los momentos bellos que he pasado. Agradezco haberlo hecho, ya que fui descubriendo heridas y daños de mi niña interior. Así como reflexionar sobre cada paso que he dado en la vida escolar y laboral. Y lo que nunca había hecho, reflexioné sobre mi práctica,

sobre las interacciones que se generan en mi aula, encontré formas de ser mejor docente, empática y con más conocimientos sobre la lengua oral y escrita.

Leí una reflexión que dice: “Todo experto algún día fue aprendiz” y lo relaciono con todo en mi vida, los errores nos hacen mejorar, estar consciente de ellos y hacer lo posible para que todo sea diferente. Cada día me doy ánimos y me digo que hay algo nuevo que aprender y ser bendecida con vida, trabajo, salud. Dice mi amiga Ana Laura que: “El tiempo de Dios es perfecto” y lo creo firmemente, ya que después de tanto tiempo, tengo la oportunidad de titularme de esta manera.

Fue un largo camino, que disfruté a cada momento y espero tomar otro en el cual me sienta tan motivada e ilusionada como hasta ahora, en mí confío y sé que con esfuerzo y dedicación lograré más propósitos.

Mi gran reconocimiento y agradecimiento a mí amada familia, amigas y mis queridos Doctores Angélica Jiménez y Eduardo que siempre estuvieron acompañándome y alentándome a cada momento aun en mis días más difíciles pero al final estoy a un paso de la meta. Fue un placer compartir mi vida y dedicar el tiempo a esta manera de crecer y fortalecerme, escribiendo. Y como diría mi abue: “Esto no se acaba hasta que se acaba”.

OBRAS CITADAS

- Bosh, E. (2012) ¿Cuántas palabras puede tener un álbum sin palabras? *Revista OCNOS*.8,75-88. https://www.researchgate.net/publication/291100374_Cuantas_palabras_puede_tener_un_album_sin_palabras
- Cassany, D. (1990). Enfoques didácticos para la enseñanza de la expresión escrita. *Comunicación, Lenguaje y Educación*, 63-80.
- Colom, F y Froufe, M. (2001). Inteligencia emocional: Cómo aplicarla en la práctica docente. *Revista Iberoamericana de Educación*. https://www.academia.edu/32590812/Inteligencia_Emocional_Como_Aplicarla_En_La_Practica_Docente_PDF
- Consejo Pano, E. (2011). Peritextos del siglo XXI. Las guardas en el discurso literario infantil. *Revista OCNOS*.7,111-122. https://revista.uclm.es/index.php/ocnos/article/view/ocnos_2011.07.09
- Domínguez, A. (1975). *Iniciación Literaria. Para el Primer Curso de Español de Enseñanza Media*. México. Compañía Editorial Continental.
- Huerta, A. (2008). La construcción social de los sentimientos desde Pierre Bourdieu. *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*. 5,1-11. <https://www.redalyc.org/pdf/2110/211015579005.pdf>

Huchim, D y Reyes,R.(2013). La investigación Biográfico-Narrativa, una alternativa para el estudio de los Docentes. Revista Electrónica “Actualidades Investigativas en

Educación”.13(3),1-27.<https://www.redalyc.org/pdf/447/44729878019.pdf>
Jiménez, A. (s.f.).La alfabetización inicial: De la prisa a la risa. Universidad Pedagógica Nacional.

Leite, A, Rivas, I.y Cortés, P.(s.f).Narrativas, Enseñanza y Universidad. Profesores del *Departamento de Didáctica y Organización Escolar de la Universidad de*

Málaga. 63-

73.https://www.researchgate.net/publication/331262270_Narrativas_Ensenanza_y_Universidad

Moebius, W. (1986). Introduction to picturebook codes.*Word & Image: A Journal of verbal / visual Enquiry.* 2 (2), 141-

158.<https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/02666286.1986.10435598?journalCode=twim20>

Moreno, S. (2001). De cómo los sentimientos tienen un lugar propio en la educación.*Revista electrónica Sinéctica*, 19, 67-76.

Moya Guijarro, A. y Pinar Sanz, M. (2007). La interacción texto / imagen en el texto

Ilustrado. Un análisis multimodal. *Revista OCNOS.* 3,2138.https://doi.org/10.18239/ocnos_2007.03.02

Oates, J. 2007. *Relaciones de Apego. La primera infancia en perspectiva 1. La calidad del cuidado en los primeros años.* Grupo de Estudios sobre el Niño y el Joven.

<https://bernardvanleer.org/es/publications-reports/relaciones-de-apego-lacalidad-del-cuidado-en-los-primeros-anos/>

Secretaría de Educación Pública (2017). *Aprendizajes Clave para la Educación Integral. Educación Preescolar. Plan y programas de estudio, orientaciones didácticas y*

sugerencias de evaluación. Ciudad de México: SEP. <https://www.planyprogramasdestudio.sep.gob.mx/descargables/biblioteca/preescolar/1LpM-Preescolar-DIGITAL.pdf>

Sierra, G. (2001). Sentir para transformar la educación. *Revista electrónica Sinéctica*, 19, 58-66. <https://www.redalyc.org/pdf/998/99817935005.pdf>